



FEDERICO
ANDAHAZI

• las
piadosas

NOVELA

Lectulandia

El verano de 1816 en Villa Diodati parece promisorio. Los personajes no pueden ser más ilustres: Lord Byron, Percy y Mary Shelley, Claire Clairmont y el Dr. Polidori, secretario privado de Byron. Polidori es quien resulta clave para *Las Piadosas*. ¿Por qué? Alguien se ha fijado en él para confiarle un terrible secreto.

El enigma quedará revelado por la prosa envolvente y seductora de Federico Andahazi, el autor de *El Anatomista*. Andahazi descubre regiones insospechadas, turbadoras de la sexualidad y construye la intriga de una verdadera novela gótica moderna en torno a personajes y situaciones que difícilmente se olvidarán.

Lectulandia

Federico Andahazi

Las piadosas

ePub r1.2

Titivillus 01.07.15

Federico Andahazi, 1998

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: v1.2 skalarigilian

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Toda biografía es un sistema de conjeturas; toda estimación crítica, una apuesta contra el tiempo. Los sistemas son sustituibles y las apuestas suelen perderse.

JULIO CORTÁZAR

PRIMERA PARTE

Había algo en el tono de la carta que me llenó de inquietud. Su estilo difería por completo del de Legrand. ¿En qué estaría soñando? ¿Qué nueva excentricidad se había posesionado de su excitable cerebro? ¿Qué asunto de «la más alta importancia» podía tener entre las manos? Las noticias que de él me daba Júpiter no auguraban nada bueno.

EDGAR ALLAN POE

1

Las nubes eran catedrales negras, altas y góticas que de un momento a otro habrían de derrumbarse sobre Ginebra. Más allá, al otro lado de los Alpes de Saboya, la tormenta anunciaba su ferocidad dando azotes de viento que enfurecían al apacible lago Lemán. Acosado entre el cielo y las montañas, como un animal acorralado, el lago se rebelaba echando coces de caballo, zarpazos de tigre y coletazos de dragón, todo lo cual resultaba en un oleaje tumultuoso. En una recóndita concavidad abierta entre los peñascos que se precipitaban perpendiculares hasta hundirse en las aguas, se extendía una pequeña playa: apenas una franja de arena semejante a un cuarto de luna, menguante cuando las aguas subían y creciente en la bajamar. Aquella tempestuosa tarde de julio de 1816, junto a la cabecera del muelle que limitaba el extremo oeste de la playa, amarró una pequeña embarcación. El primero en descender fue un hombre renco que se vio obligado a hacer equilibrio para no caer en las fauces de las aguas, cuya iracundia se descargaba contra la estructura de la endeble escollera que, sobrevolada por las gaviotas, presentaba el aspecto de una fantasmagórica osamenta varada. Una vez en tierra, el recién llegado se aferró con un brazo a uno de los palos y, extendiendo el otro, ayudó a bajar al resto de sus acompañantes: primero a dos mujeres y luego a otro hombre. El grupo emprendió la caminata a lo largo del muelle hacia la tierra firme, como lo haría una *troupe* de torpes y alegres equilibristas, sin demorarse a esperar a que descendiera un tercero quien, no sin

dificultades, tuvo que arreglárselas completamente solo. Iban en fila contra el viento y la pendiente, hasta llegar —empapados, divertidos y jadeantes— a la casa situada en la cima del pequeño promontorio de la Villa Diodati. El tercer hombre caminaba con pasos cortos y ligeros, taciturno y sin levantar la vista del suelo, como un perro que siguiera la huella de su amo. Las mujeres eran *lady* Mary Godwin Wollstonecraft y su hermanastra, Jane Clairmont. La primera, pese a que aún era soltera, reclamaba para sí el derecho de llevar el apellido del hombre con el que habría de casarse: Shelley; la segunda, por razones menos conocidas, había renunciado a su nombre y se hacía llamar Claire. Los hombres eran Lord George Gordon Byron y Percy Bysshe Shelley. Pero ninguno de estos personajes interesa demasiado en esta historia, salvo aquel que descendió último del barco, el que caminaba solitario y rezagado: John William Polidori, el oscuro y despreciado secretario de Lord Byron.

Los sucesos de aquel verano en la Villa Diodati son suficientemente conocidos. O al menos algunos de ellos. Sin embargo, el hallazgo de cierta correspondencia que habría sobrevivido al Dr. Polidori, el sombrío autor de *The Vampyre*, revelaría otros episodios, hasta ahora desconocidos, en torno a su vida y, más aún, echaría luz sobre las razones de su trágica y precoz muerte.

Según se consigna, *The Vampyre* constituiría el primer relato de vampiros, la piedra basal sobre la que habrían de sucederse incontables historias, hasta el punto de convertir el vampirismo en un verdadero género, cuya cúspide —al menos en orden de trascendencia— alcanzara Bram Stoker con su conde Drácula. No existe historia de vampiros que no guarde una deuda de gratitud con el satánico Lord Ruthwen que pergeñara John Polidori. Sin embargo, los sucesos que envuelven el nacimiento de *The Vampyre* parecen ser tan sombríos como el propio relato. Se sabe que no existe cosa más dudosa que la paternidad. Afirmación que, naturalmente, podría hacerse extensiva a los vástagos literarios. Aunque los repetidos incidentes relativos al plagio —acusaciones remotas y recientes, comprobadas o descabelladas— parecieran ser intrínsecos a la literatura y tan antiguos como ella, en el caso de *The Vampyre* las disputas no se suscitaron justamente por reclamos de propiedad. Al contrario, por alguna extraña razón, nadie quiso reconocer como propia a la maléfica criatura que estaba llamada a abrir caminos. El cuento se publicó en 1819 y llevaba la firma de Lord Byron; pero nótese la paradoja: mientras aceptaba su responsabilidad en el —digámoslo así— confuso embarazo de Claire Clairmont, Byron rechazaba furiosa y vehementemente todo parentesco con *The Vampyre*, atribuyendo la «culpabilidad» a su secretario, John William Polidori. Y así quedó escrita la historia.

Ahora bien, un relato tan tétrico como *The Vampyre* no podía, desde luego, tener un origen menos tenebroso que su contenido. Es sabido que, luego de la muerte de Polidori, se halló en su poder una considerable cantidad de cartas, documentos y escritos que habrían de agregar datos indeseables a las biografías de varios ilustres personajes, quienes, con entera justicia, hubieran pretendido para sí una pacífica posteridad.

La correspondencia en cuestión no es novedosa. O, más bien, las absurdas y escandalosas instancias jurídicas, académicas y hasta políticas por las que dichos documentos debieron atravesar son bastante conocidas. Las polémicas acerca de su autenticidad fueron una verdadera guerra. Se dieron a conocer los informes de los expertos, los resultados de las pruebas caligráficas, las ambiguas declaraciones de los testigos, las airadas desmentidas de los actores más o menos involucrados. Pero lo que nunca, lo que jamás se conoció públicamente es el contenido de una sola de las cartas ya que, según se dijo, se habrían quemado en el incendio que destruyó los archivos del juzgado en 1824. Y era previsible. Pero los escándalos, pese a la magnitud y a la ilusión de eternidad que puedan provocar, suelen ser tan efímeros como el tiempo que los separa del siguiente y acaban invariablemente sepultados por toneladas de papel y ahogados en ríos de tinta. El férreo silencio de los involucrados, el progresivo desinterés del público y, finalmente, la muerte de todos los actores sumió en el olvido la controvertida documentación de la cual, por otra parte y según se afirmaba, no habían quedado más que cenizas. Lo único que sobrevivió fue el no menos dudoso diario de John William Polidori.

Como el lector ya habrá de sospechar, se impone un inevitable «sin embargo...». Efectivamente, por razones completamente azarosas, poco tiempo atrás, estando yo en Copenhague, entró en contacto conmigo un amabilísimo personaje que se presentó como el último de los teratólogos, un exegeta de los antiguos textos referidos a monstruos, una suerte de arqueólogo del horror, buscador de cuanto testimonio hubiesen dejado en su espantoso paso por el mundo los míticos *teratos*; en fin, un taxonomista de nuevos y temibles leviatanes humanos. Era un hombre pálido y longilíneo, de una anacrónica elegancia; fue una breve conversación durante la noche prematura del invierno danés en el Norden Café, frente a la fuente de las cigüeñas, allí donde muere la calle Klareboderne. Según me dijo, estaba enterado de un reciente artículo mío sobre el tema que lo ocupaba y se vio tentado de intercambiar conmigo alguna información. No era mucho lo que yo podía ofrecerle, de modo que no tuve otro remedio que confesarle mi condición de neófito en materia teratológica; se mostró sorprendido de que, siendo yo oriundo del Río de la Plata, ignorara la versión que señalaba que el destino último de buena parte de la correspondencia de John William Polidori habría sido, presumiblemente, un antiguo caserón otrora perteneciente a cierta tradicional familia porteña de remota ascendencia británica. Mi pintoresco interlocutor nunca había estado en Buenos Aires y las referencias con las que contaba eran pocas e imprecisas. Sin embargo, de acuerdo con la vaga semblanza que hiciera de la casa y según su emplazamiento «cercano al Congreso», no tuve dudas de cuál se trataba. Era un ruinoso palacete que, por curiosa coincidencia, me era absolutamente familiar. Infinidad de veces había pasado yo por la puerta de aquella extemporánea casa de la calle Riobamba, cuya arquitectura inciertamente victoriana jamás se adecuó a la fisonomía porteña. Nunca habían dejado de sorprenderme ni la desproporcionada palmera que —en el centro mismo de la ciudad

de Buenos Aires— se elevaba por encima de los siniestros altos ni la reja que precedía al atrio, hostil y amenazante, eficaz a la hora de disuadir a cualquier inopinado vendedor ambulante de aventurarse más allá del portón.

Apenas hube llegado a Buenos Aires, no vacilé en relatar mi conversación de ultramar a mi amigo y colega Juan Jacobo Bajarlía —sin dudas nuestro más informado estudioso del género gótico—, quien se ofreció de inmediato a oficiar de Caronte en el infernal periplo porteño que se iniciaba a las puertas del caserón de la calle Riobamba. Me adelanto a decir que, gracias a sus artimañas de abogado y a sus argucias de escritor, llegamos, luego de infinitas indagaciones, hasta los presuntos documentos.

En honor a un compromiso de discreción, me es imposible revelar más detalles acerca del modo en que, finalmente, dimos con los supuestos «documentos». Y si me amparo en la cautelosa anteposición del adjetivo supuestos y en las precavidas comillas, lo hago en virtud de la sincera incertidumbre: no podría afirmar que tales papeles no fueran apócrifos ni tampoco lo contrario, porque en rigor no tuve la oportunidad siquiera de tenerlos en mis manos.

En realidad, durante la entrevista en el viejo caserón, no vi ningún original: nuestro anfitrión —cuya identidad me excuso de revelar— en parte nos leyó y en parte nos relató el contenido de los numerosos folios encarpados, unos papeles fotostáticos ilegibles casi por completo. Las dimensiones del sótano, entre cuyas cuatro oscuras paredes nos encontrábamos, no pudieron abarcar el volumen de nuestro asombro. Como no nos estuviera permitido conservar ningún testimonio material ni una copia ni tan siquiera una anotación, lo que sigue es, a falta de memoria literal, una laboriosa reconstrucción literaria. La historia que resultó de la concatenación de las cartas —fragmentos apenas— es tan fantástica como inesperada. A punto tal que la genealogía de *The Vampyre* sería, apenas, la llave que develaría otros increíbles hallazgos atinentes al concepto mismo de paternidad literaria.

En lo que a mí concierne, no le otorgo ninguna importancia al eventual carácter apócrifo de la correspondencia. De hecho, la literatura —a veces es necesario recurrir a Perogrullo— no reviste otro valor más esencial que el literario. Sea quien fuere el autor de las notas aquí reconstruidas, haya sido protagonista, testigo directo o tangencial, o un simple fabulador, no dudamos de que se trata de la invención de una infamia urdida por una monstruosa inventiva, cuya clasificación en el reino de los espantajos dejo por cuenta de los teratólogos. A propósito, entonces, de la veracidad —y, más aún, de la verosimilitud de los acontecimientos narrados a continuación, me veo en la obligación de suscribirme a las palabras de Mary Shelley en la advertencia que precede a su *Frankenstein*: «... ni remotamente deseo que se pueda llegar a creer que me adhiero de algún modo a tal hipótesis y, por otra parte, tampoco pienso que al fundar una narración novelesca en este hecho me haya limitado, en tanto escritor, a crear una sucesión de horrores pertenecientes a la vida sobrenatural».

Como quiera que sea, la historia se inicia, precisamente, a orillas del lago Lemán en el verano europeo de 1816.

2

La residencia de la Villa Diodati era un esplendoroso palacio de tres plantas. El frente estaba presidido por una recova delimitada por una sucesión de columnas dóricas sobre cuyos capiteles descansaba una amplia veranda cubierta por un toldo. Un tejado piramidal, por donde asomaban tres claraboyas correspondientes a los altos, remataba la arquitectura de la mansión. El criado, un hombre adusto que hablaba lo mínimo indispensable, esperaba a los recién llegados bajo la recova. Con los pies completamente embarrados, trayendo los zapatos en las manos, los cuatro entraron al recibidor y, antes de que el criado intentara alcanzarles unas toallas, ya se habían quitado las ropas quedándose totalmente desnudos. Mary Shelley, alegremente exhausta, se recostó sobre el sillón y tomando de la mano a Percy Shelley lo atrajo hacia ella hasta hacerlo caer sobre su desnuda y agitada humanidad, rodeándolo con las piernas por detrás de la espalda.

Claire se había quitado la ropa lentamente y en silencio. No había sido un acto de deliberada concupiscencia, tal como supuso Byron; al contrario, se la veía ausente, procedía como si nadie más que ella estuviese en la pequeña sala de recepción. Se sentó sobre el brazo del sillón mientras Lord Byron la miraba extasiado. La piel de Claire estaba hecha de la misma pálida materia de la porcelana y su perfil parecía el de un camafeo que de pronto se hubiese animado. Sus pezones tenían un diámetro sorprendente y estaban coronados por una aréola rosada que, aun contraída por las finas gotas de agua y por el frío, superaba la circunferencia de la boca abierta de Byron, quien súbitamente se había arrodillado a sus pies y ahora, desnudo y jadeante, recorría con la lengua su piel mojada. Claire no lo apartó con brusquedad, ni siquiera se hubiese dicho que lo rechazó. Pero ante la helada indiferencia y el cerrado mutismo con que su amiga ignoraba las caricias que le prodigaba, Byron se puso de pie, giró sobre sus talones y, quizá para disimular el desprecio del que era objeto, desnudo como estaba, extendió su brazo sobre el hombro del criado y le susurró al oído:

—Mi fiel Ham, no me dejan alternativa.

El criado se mostraba más preocupado por el lodazal en que se había convertido el recibidor —las ropas tiradas en el suelo, el tapizado de los sillones empapado—

que por las procaces bromas de su Lord, aunque, en rigor, Ham nunca podía distinguir cuándo Byron hablaba en serio. En ese momento entró John Polidori quitándose la capa, debajo de la cual las ropas estaban apenas húmedas. Como además había tomado la precaución de caminar por el sendero de piedra, sus zapatos no presentaban el menor indicio de barro. Cuando vio el cuadro, no pudo evitar un gesto de puritano fastidio.

—Oh, mi querido *Polly Dolly*, todos me rechazan, has llegado justo para llenar mi soledad.

John Polidori era capaz de soportar con estoica resignación las más crueles humillaciones, había aprendido a hacer oídos sordos a las ofensas más despiadadas, pero nada le provocaba tanto odio como que su Lord lo llamara *Polly Dolly*.

John William Polidori, muy joven por entonces, representaba aún menos edad de la que tenía. Quizá cierto infantilismo espiritual le confería una apariencia añorada que contrastaba con su fisonomía adulta. Así, las cejas negras y tupidas se veían desproporcionadamente severas en comparación con su cándida mirada. Al igual que un niño, no podía disimular los sentimientos más primarios como el fastidio o la excitación, la congoja o el júbilo, la fascinación o la envidia. Tal vez esta última constituyera el rasgo que menos podía ocultar. Y, sin duda, el rapto de pudibundez frente al cuadro que se presentaba ante sus ojos no tenía otro motivo que el de los celos que le provocaban los nuevos amigos de su Lord. Miraba con recelo a todo aquel que se acercara a Byron. No se diría, sin embargo, que el origen de su desconfianza estuviese orientado a proteger a su Lord sino, más bien, a conservar un lugar en su siempre huidiza estima. Después de todo, él era su mano derecha y merecía un justo reconocimiento. John Polidori examinaba ahora a aquel trío de extraños con unos celos infantiles; pero detrás de aquellos ojos renegridos y pueriles parecía anidar un magma de odio contenido siempre a punto de hacer erupción, una malicia tan imprevisible como ilimitada.

Sin otro propósito que el de poner un poco de orden, Ham, con paternal autoridad y delicada firmeza, batió las palmas conminando a los huéspedes a ponerse de pie. Como si se tratase de un grupo de niños, los condujo a las habitaciones que les habían sido asignadas previamente por el anfitrión, Lord Byron. Desnudos y todavía mojados, atravesaron el gran salón de la planta inferior, subieron las escaleras e ingresaron a un largo y oscuro pasillo a cuyos lados se sucedían las puertas de las habitaciones. Las hermanastras ocuparían la alcoba central de la primera planta, que era la más suntuosa y a la que se accedía por una puerta de doble hoja. A Shelley se le había asignado la habitación contigua de la derecha, mientras que Byron ocuparía la de la izquierda, ambas igualmente comunicadas por una puerta con la alcoba principal.

Cuando Ham hubo terminado de alojar a cada huésped en su habitación, notó que unos pasos más atrás, de pie en el lugar más oscuro del pasillo, permanecía John Polidori. El criado se acercó al secretario de Lord Byron y, examinándolo de arriba

abajo, le preguntó:

—¿El doctor espera algo?

—Mi habitación —titubeó Polidori, al tiempo que le extendía su pequeña maleta con una sonrisa indecisa, estúpida.

El criado se limitó a señalarle la escalera con un desdeñoso cabeceo.

—Segunda puerta —dijo lacónico, giró sobre sus talones y dejó a Polidori con el brazo extendido y la maleta suspendida delante de sus propias narices.

Si bien entre uno y otro existía la natural competencia de jerarquía y atribuciones inevitable entre un criado y un secretario, Polidori inspiraba un indisimulable desprecio, aun en aquellos que lo trataban por primera vez; aversión que, por otra parte, el mismo Polidori parecía cultivar. Se diría que encontraba un delicioso placer en la propia conmiseración.

El pequeño cuarto situado en los altos era un cubil oscuro apenas ventilado por una diminuta ventana que, como un ojo acechante, asomaba entre las tejas. La habitación estaba exactamente sobre la de Byron, de modo que si Lord necesitaba los servicios de su secretario no tenía más que golpear el techo con un largo palo que se había procurado para ese fin con el solo propósito de obligarlo a subir y bajar las escaleras.

John Polidori terminaba de cambiarse las ropas húmedas cuando reparó en que sobre su escritorio había una carta. En rigor, demoró en darse cuenta de que aquello que descansaba junto al candil era, efectivamente, una carta. Se trataba de un sobre negro en cuyo reverso se destacaba, como un crespón, un enorme lacrado púrpura: en su centro había grabada una barroca letra L. Pensó que era correspondencia para Lord Byron y que el criado la había dejado allí por error; sin embargo, cuando leyó el frente, advirtió que, en realidad, en el lugar del destinatario decía, en letras blancas, «Dr. John W. Polidori». No había razones para recibir correspondencia en aquel sitio, ya que, en rigor, nadie sabía de su reciente llegada a Villa Diodati. Antes de abrirla, Polidori corrió escaleras abajo y se dirigió al *office* donde el casero instruía a la cocinera sobre los gustos de Lord y sus invitados.

—¿Cuándo llegó esta carta? —irrumpió, imperativo, Polidori.

El criado no se inmutó. Apenas emitió un mínimo suspiro de contrariedad.

—Parece que en Italia no se estila anunciarse —le dijo a la cocinera, sin mirar siquiera al recién llegado—. Ignoro de qué carta me habla el doctor. Por otra parte, la correspondencia no me compete a mí sino casualmente al secretario. De cualquier modo, le informo al doctor que no ha llegado carta alguna. Por cierto, si hubiese correspondencia para mí, le rogaría al señor secretario me lo hiciera saber —concluyó y, sin levantar la vista del generoso escote que se erigía a su lado, continuó instruyendo a la cocinera.

John Polidori volvió sobre sus pasos. Miraba la carta con unos ojos hechos de intriga. Por cierto, aquel infrecuente sobre negro resultaba de tan mal agüero como un

cuervo. Por otra parte, ante la evidencia cierta de que no había sido el criado, se preguntaba quién habría dejado el sobre en su escritorio. Daba por descontado, además, que si de los nuevos amigos de su Lord no podía esperar más que una sorda indiferencia, mucho menos iban a tener la amabilidad de alcanzarle una carta. Que Byron procediera como el secretario de su secretario llevándole la correspondencia hasta la habitación tampoco parecía una hipótesis plausible. Lo más razonable sería abrir el sobre, leer la carta y así despejar el pequeño enigma. Pero a John Polidori no lo adornaba el don del pragmatismo. No podía evitar, a propósito de cualquier nimiedad, desplegar las más complicadas conjeturas y esperar el desenlace de los más sombríos augurios. No lo atormentaba el sinsentido de la existencia, sino que, por el contrario, su padecimiento consistía en otorgarle a todo un oculto sentido: el universo era un designio urdido contra su propia persona. Tuvo, inclusive, la supersticiosa idea de no abrir el sobre y echarlo inmediatamente al fuego. Aquella carta no podía significar sino la más negra de las señales. Y quizá, por primera y única vez, no se equivocaba. Tal vez el destino de John William Polidori hubiese sido otro de no haber abierto jamás aquel amenazante sobre negro.

3

Ginebra, 15 de julio de 1816

Dr. John Polidori:

Quizás os sorprenderéis al recibir esta carta o, mejor dicho, de que esta os reciba a vuestra llegada. He querido ser la primera en daros la bienvenida. No os molestéis en ir al final de estas notas para descubrir la identidad del rubricante, pues en verdad no me conocéis. Pero ni sospecháis cuánto os conozco. Antes de que avancéis en la lectura, debo suplicaros que no enteréis a nadie de esta carta; de vuestro silencio depende, ahora, mi vida. Confío en que guardaréis el secreto pues, desde el momento en que habéis leído aunque más no fuera solo estas primeras líneas, también vuestra vida depende irremediablemente de la mía. No lo toméis como una amenaza, al contrario, me ofrezco como vuestro ángel guardián en este lugar horripilante. Bajo otras circunstancias os recomendaría que partierais ahora mismo. Pero ya es demasiado tarde. Hace apenas unos meses que —contra mi voluntad— me encuentro aquí y por cierto, nada bueno me ha deparado este sitio, salvo vuestra

esperada visita. Este verano se ha presentado inusualmente espantoso; ni un solo día ha brillado el sol. Nunca he visto este lugar tan deshabitado. Pronto comprobaréis que hasta los pájaros han emigrado. He comenzado a temer a todo. Hasta mi propia persona, por momentos, me resulta extraña y temible. Yo que, lo digo sin petulancia, jamás he temido a nada. Sin embargo, acontecimientos muy extraños han comenzado a sucederse. La muerte se ha enseñoreado de este lugar: el lago se ha convertido en un animal traicionero. Desde el comienzo del verano se ha devorado sin piedad tres barcas, de las cuales no se ha encontrado ni una madera. Literalmente desaparecieron dentro de su negra entraña y nada se ha vuelto a saber de sus ocupantes. Hace tres días, dos cuerpos aparecieron salvajemente mutilados al pie de los montes, cerca del Castillo de Chillon. Yo misma los he visto. Se trataba de dos hombres jóvenes —aproximadamente de vuestra edad— que vivían muy cerca de la residencia que vosotros ocupáis. Ignoro el modo en que llegaron —vivos o ya muertos— a la orilla opuesta del Lemán. Y, lo que más me atormenta, no podría asegurar que yo misma no tenga alguna responsabilidad en este siniestro acontecimiento. Pero no os inquietéis, me estoy adelantando.

Vuestra anhelada presencia me tranquiliza, no porque espere nada de vos —al menos por ahora—, sino porque la sola idea de protegeros —sin dudas que lo necesitaréis— me devuelve algo del valor que había perdido.

Si eleváis ahora mismo la mirada por sobre estas notas, veréis, del otro lado de vuestra ventana, la orilla contraria del lago. Mirad ahora las lejanas y tenues luces que se distinguen sobre la cima del monte más encumbrado. Es allí donde estoy ahora. Cuando leáis estas líneas, yo estaré vigilando vuestra ventana.

John Polidori interrumpió la lectura. Aquella última frase lo había estremecido. Se incorporó, desempañó el vidrio con la palma de la mano y miró a través de la ventana. Detrás de la cortina de agua que caía oblicua sobre el lago, apenas podían distinguirse las montañas cuyos picos se fundían con el cielo tempestuoso. Sobre la otra orilla brillaban dos lejanas luces mortecinas. Sopló la llama del candelero que iluminaba su escritorio. La tormenta era tal, que la habitación quedó casi por completo a oscuras. Cuando volvió a mirar por la ventana, descubrió que una de las luces de la otra orilla ya no brillaba. Así, en la penumbra, se quedó contemplando. Al cabo de un rato, volvió a encender las velas del candelabro. Entonces, como si fuese obra de su propia acción, al mismo tiempo, la lejana luz tras el lago volvió a brillar. Aquel primer e inusual diálogo lo estremeció de terror. Efectivamente, John Polidori tuvo la inquietante certeza de que estaba siendo observado.

Desde el piso inferior llegaban en sordina las carcajadas de Mary y Claire, y el dulce perfume del ajeno, el tabaco y los aromatizantes turcos, combinación a la que Polidori jamás se había terminado de acostumbrar y que le provocaba unas náuseas incontenibles. Irreflexivamente abrió la ventana, pero un miedo supersticioso lo obligó a cerrarla de inmediato. De pronto, todo el paisaje que se ofrecía al otro lado de la ventana —cuya majestuosidad quedaba coronada por el imponente nevado del Mont Blanc—, todo aquel esplendoroso panorama velado por una translúcida mortaja de lluvia, quedó reducido a aquella minúscula luz acechante que, como un lejano ojo ciclópeo, lo observaba desde la cima de la montaña. Como movido por una voluntad contraria a la suya, retomó la lectura.

Os hablaré de mí. Debo anticiparme a decir que habré de revelaros un secreto para el cual, quizás, aún no estéis preparado. Pero confío en que, durante el curso de la lectura de esta carta, el temple de médico se impondrá a vuestra envidiable juventud. No imagináis lo que para mí significa que estéis leyendo estas líneas. Ni sospecháis, tan siquiera, el peso —antiguo como mi larga vida— del que me estáis librando. Aunque pueda pareceros increíble sois el primero y el único —fuera de mi familia, si es que así mereciera llamarse— que sabe de mí, hasta ahora, anónima existencia. Pero todavía no me he presentado. Mi nombre es Annette Legrand. Sois muy joven, pero aun así, tal vez no me equivoque si afirmo que alguna vez habréis oído hablar de mis hermanas, Babette y Colette Legrand.

En efecto, John Polidori no solamente había escuchado hablar de las mellizas Legrand, sino que, según recordaba, había tenido oportunidad de conocerlas en casa de Miss Mardyn o —no estaba seguro— quizás en una de las escandalosas fiestas que diera cierta amiga de su Lord, una actriz del Drury Lane. Pero, sí, recordaba con absoluta claridad a las hermanas Legrand. John Polidori se había quedado vivamente sorprendido de la singularidad de las —ya por entonces— retiradas actrices. Además de ser exactamente iguales, era motivo de comentarios la increíble unicidad que parecía gobernar sus movimientos: caminaban a la par y nunca se alejaban entre sí a más de un paso de distancia; reían de las mismas cosas o bien se mostraban idénticamente aburridas ante tal o cual conversación; tenían una natural inclinación a interrumpir los más interesantes comentarios justo en el ansiado momento del desenlace de la eventual anécdota y parecían estar animadas por un mismo y único espíritu. Pero lo que más lo había sorprendido era la desinhibida lascivia con que examinaban a cuanto hombre se cruzara frente a sus narices. No mostraban el menor pudor en clavar la mirada en las más prominentes entrepiernas. Sin el menor reparo, seguían con los ojos —o, llegado el caso, girando impudicamente las cabezas la

trayectoria del eventual «galán». En esas circunstancias, murmuraban una en el oído de la otra y se reían, nerviosa y acaloradamente, sin disimular la alegre excitación que las asaltaba. Según parecía, no mostraban la menor preocupación por desmentir los turbios rumores que sobre ellas corrían. Rumores que iban desde las habladurías susurradas al oído hasta la injuria materialmente grabada en las puertas de los retretes públicos. Incluso recordaba haber leído en cierto artículo periodístico el neologismo «legrandesco», aplicado a cierta dama cuya reputación se estaba poniendo en duda. Al menos su Lord conservaba una altiva dignidad frente a los rumores sobre su intimidad y, en público, se cuidaba de guardar las apariencias. «Las calumnias son demasiado infames para contestarlas solo con desdén», le había escuchado decir recientemente, cuando un indignado caballero lo enfrentara en los pasillos del Hôtel d'Angleterre increpándolo porque él y sus «pestilentes amigos» constituían una «sociedad incestuosa que ofendía a la Corona». En cambio, las hermanas Legrand no parecían prestarle ninguna importancia a las formas.

Polidori recordaba. Se hubiera dicho que tenía la mirada perdida en un punto impreciso, lejos de este mundo. Aquellos ojos que parecían no ver otra cosa que el paisaje difuso de su propia memoria no dejaban de escudriñar, sin embargo, aquel punto de luz sobre la cima de la montaña. John Polidori dejó la carta sobre el pequeño escritorio. Caminó de aquí para allá como si en algún lugar de su cuarto fuera a encontrar alguna explicación. De pronto se vio asaltado por un arrebató de razón: se asomó por la ventana apoyando los codos sobre el alféizar y el mentón sobre los puños. Consideró largamente la tenue multitud de luces que brillaban paralelas al lago. En la misma dificultad con que tropezó para contarlas encontró la solución: algunas se apagaban y otras aparecían súbitamente desde la lejana penumbra, unas titilaban débilmente hasta desaparecer por completo y otras eran, quizá, no más que pequeñas virtualidades reflejadas en el agua. Se dijo que si en ese preciso instante a él se le ocurría soplar la llama del candil, al mismo tiempo y por obra del más puro azar, alguna de todas aquellas luces que ahora veía habría de apagarse.

En efecto, ni siquiera hizo falta que soplara la vela: una frágil lucecita que brillaba sobre la cresta de un monte dejó de arder. Sonrió. Se reía de su propia estupidez. Su Lord se estaba burlando de su supersticiosa imaginación. Dobló la apuesta para confirmar la hipótesis. Se dijo que, si ahora mismo y suponiendo que momentos antes la hubiese apagado, él volviera a encender la luz, seguramente algún otro candil lejano habría de empezar a brillar desde la nada. Al cabo de unos breves segundos pudo ver aparecer, hacia el oeste, un punto luminoso. Todo aquello no era más que una estúpida broma urdida, sin dudas, por alguna de las dos pequeñas arpías. Aquellas risas que provenían desde la escalera confirmaban sus conjeturas. Ahora estaba todo claro: habían contado con la complicidad del criado, quien había dejado la carta en su habitación antes de que él entrara. Por eso lo habían dejado rezagado en el espigón apurando el paso para adelantarse a su llegada. Más aún, ahora recordaba que la noche anterior a la partida de Ginebra, en el Hôtel d'Angleterre, los cuatro

habían comentado algunos pasajes de aquel horroroso relato de Matthew Lewis, *The Monk*, y como Polidori no pudiera disimular cierto escozor, se divertieran a expensas de él, contando historias cada vez más siniestras. Aquella carta que ahora sostenía entre el índice y el pulgar había sido escrita por Mary o por Claire. Al igual que las luces que se prendían y apagaban sin arreglo a ninguna lógica externa, la luz que brillaba en lo alto de la montaña —se dijo— había dejado de arder en virtud de la más pura casualidad. John Polidori plegó la carta en cuatro y se dispuso a bajar para anunciar el fin de la broma. Sin embargo, antes de salir de la habitación, para conmiserarse de su propia estupidez y convencerse de la fragilidad de la farsa, tomó el candelabro, lo acercó a la ventana y, usando el sobre a guisa de pantalla, lo interpuso entre la vela y el vidrio ocultando la llama durante tres intervalos iguales y uno más prolongado. Hecho esto, se quedó contemplando la orilla opuesta. Con una carcajada sonora, se rio de su propia imbecilidad. En el exacto momento en que estaba por girar sobre sus talones y abandonar el cuarto, pudo ver con nitidez que la lejana luz en la cima se interrumpió en tres intervalos iguales y uno más prolongado.

5

Por un momento, John Polidori consideró la posibilidad de que, súbitamente, hubiese perdido la razón y que todo aquello —la inexplicable aparición de la carta que ahora creía sostener entre los dedos, el insólito diálogo de luces, las negras amenazas que suponía haber leído— no fuera sino producto de un vívido delirio. Entonces se preguntó para qué alimentar su tormento en la lectura de aquella siniestra carta, nacida de su propio y turbado juicio, si aquel tétrico despliegue que se presentaba ante sus ojos no tenía otro origen que el de su repentina demencia. Claro que esa hipótesis no lo tranquilizaba; al contrario, la sola idea de haber caído víctima de la locura lo aterró todavía más. Por eso, volvió a la lectura albergando ahora la esperanza de encontrar una explicación que lo disuadiera de la pavorosa idea de haber perdido la cordura.

Os lo advierto desde ahora: no os hagáis ilusiones respecto de mi belleza si estáis pensando en mis hermanas. Sois el primero en saber que las Legrand no son mellizas, sino que, en realidad, somos trillizas. Y sobran motivos para que nadie lo sepa. Escuchad:

Pude haber sido la espina bífida de alguna de mis hermanas, un teratoma crecido al cobijo de un glúteo fraterno, uno de aquellos tumores que, cuando se extirpan, presentan el horroroso aspecto de una persona a medio hacer: un manojo de pelos, uñas y dientes. En vuestra profesión, sin duda debéis haber visto más de uno.

John Polidori levantó la vista de la carta. Sus manos sudaban y el papel se agitaba al ritmo de su tembloroso pulso. Aquellas palabras parecían haberse adelantado a su propio pensamiento. En efecto, no había terminado de leer el vocablo «teratoma» cuando se impuso en su memoria, y contra su voluntad, un recuerdo de sus años de estudiante. Por mucho que lo intentaba, no podía desembarazarse de la temida imagen de un frasco en cuyo interior flotaba en alcohol un monstruoso quiste del tamaño de un puño que había sido extraído de la espalda de una anciana. Polidori siempre se había considerado un medroso hipocondríaco, incapaz de ejercer su profesión con el temple de espíritu que debe tener un médico. Esa carta venía para atormentarlo. Como una exasperante presencia, podía ver aquella cosa inciertamente antropomorfa, desde cuyo centro brotaban unos huesecillos como dientes, esa suerte de feto anciano envuelto en una pelambre ya canosa del mismo gris que los cabellos de Miss Winona Orwel, la enferma de la cual había sido extirpado. Todavía podía ver a su maestro, el siniestro Dr. Green, sosteniendo el teratoma en la palma de su mano y, como si fuese hoy, recordaba su mirada maliciosa y su voz cavernosa que repetía:

—Mr. Polidori, deme su mano.

Pálido y al borde de la lipotimia, el joven estudiante Polidori apretaba sus manos detrás de la espalda como un niño.

—Mr. Polidori —repetía sonriente y calmo el Dr. Green—, extiende su mano o salga de aquí y no regrese jamás.

Entonces, cerrando los ojos con toda la fuerza de los párpados, había extendido la mano e inmediatamente pudo sentir que aquella entidad viscosa se resbalaba inerte por su palma con la consistencia de un gusano muerto.

—Mr. Polidori, le presento a Mr. Orwel, su primer paciente. Queda en sus manos —dijo el profesor Green ante las carcajadas hechas de nervios y malicia de sus compañeros.

El profesor Green giró sobre sus talones y, dirigiéndose a la enferma que yacía en la cama de la sala, le dijo con tono protocolar:

—Miss Orwel, le presento a su hermano menor —sonreía mientras señalaba hacia aquella cosa que yacía en la temblorosa mano del estudiante Polidori.

Miss Orwel, una anciana viuda y sin familia que vivía sola en un pensionado de indigentes en Liverpool, se enderezó apoyándose sobre los codos, miró con unos ojos húmedos y candorosamente preguntó:

—¿Está vivo?

El profesor Green rio con una carcajada medieval que fue seguida por la de todos los alumnos. El estudiante Polidori no pudo evitar una profunda náusea antes de caer

de espaldas al suelo.

6

Sin embargo, mi querido doctor, para compasión de algunos y espanto de otros, quiso el azar que aquella malformación enquistada en las fetales nalgas de Babette tomara un curso súbitamente independiente, se separara y, finalmente, se convirtiera en esto que ahora soy. Dr. Polidori, no puedo dejar de reconocerme, si no en el fenómeno, al menos en la etimología del teratoma: teratos, monstruo.

Soy, en efecto y dicho esto sin apelar a ninguna metáfora, un monstruo. Ni siquiera puedo arrogarme la inclusión dentro de la clasificación que agrupa a aquellos adefesios cuyos padres abandonan en las puertas de las iglesias o en los atrios de los cotolengos. Padezco de una cierta idiotez química, de un desconocido capricho fisiológico que hizo de mí un fenómeno inciertamente amorfo. Soy una suerte de formación residual de mis hermanas. Los animales, Dr. Polidori, al menos tienen el decoro de matar a las crías enfermas.

Era de esperarse que la brutalidad química que animaba mi fisonomía modelara mi espíritu a imagen del cuerpo en el cual habitaba. Además de mis rústicos modales naturales —más cercanos a los de una bestezuela que a los de una dama—, carezco de cualquier atributo que pudiera adjetivarse como delicado. Cualesquiera de los sentimientos que, en la mayoría de los mortales, se desatan de manera cadente, pudorosa, nocturna o inconfesable, en mi espíritu se desenlazan de un modo brutal e incontrolable, súbita e indecorosamente, sin el menor reparo en las formas sociales: actúo según el arbitrio que me imponen mis impulsos arcaicos. Y en esto último, Dr. Polidori, quizá nos parezcamos. Soy un ser desmesurado, lascivo y jamás mido las consecuencias de aquello que deseo o, más bien, de aquello que necesito conseguir. Pero soy, apenas, la tercera parte de un monstruo que ninguna razón —ni humana ni divina— podría haber concebido. Ignoro qué oscura inteligencia gobierna la naturaleza; no dejéis que os engañen con los bucólicos encantos de los pedestres poetas. La belleza no es más que la apariencia del horror e, invariablemente, necesita de la muerte: la más hermosa de las flores hunde sus raíces en la fétida materia descompuesta. No me detendré en intentar una humillante descripción de mi persona; basta con que imaginéis al ser más horroroso que os fue dado ver y luego multipliquéis por cien aquel quantum de fealdad.

No hizo falta que John Polidori hurgara demasiado en su memoria para recordar al ser más espantoso que jamás hubiera visto. Como si aquella desconocida supiera de sus recuerdos más ingratos, Polidori no pudo evitar que se le impusiera uno de los episodios más atroces de su corta existencia. Evocaba ahora el pestilente *Abnormal Circus*, en cuyos sórdidos subsuelos había tenido el macabro privilegio de presenciar el más espantoso desfile: estaturas mínimas, gibas como montañas, garras en lugar de uñas, cuencas de ojos vacías, brazos y piernas amputados o simplemente faltantes, gruñidos de fiera, risas enloquecidas, lamentos sordos, llantos desgarradores, pestilencias desconocidas, cabezas inconmensurables, súplicas de piedad. Así, a medio domesticar, obedientes unos a los látigos y los correajes, rebeldes otros a las cadenas y los grilletes, avanzaban ante los gritos brutales y los golpes furiosos de los «domadores» ataviados con libreas y botones dorados. Iban en tumultuosa fila por el estrecho y nauseabundo corredor hacia los sótanos. Esos veinticinco *freaks* traídos desde los cuatro puntos cardinales, embarcados en las hediondas bodegas de los barcos más pestilentes y enjaulados después en los subsuelos del *Abnormal Circus*, habrían de ser exhibidos y vendidos en subasta pública al mejor postor. Con el propósito de despojarlos de todo rasgo que denunciara algún vestigio de humanidad, les habían prodigado los más extravagantes afeites y maquillajes. El Dr. Green había concertado allí, en carácter de «práctica obligatoria», la última clase de Patología. Según había afirmado el sombrío catedrático, la esperada subasta anual del *Abnormal Circus* ofrecía un incomparable catálogo viviente, un encuentro privilegiado con la esencia del *pathos*, imposible de aprehender en la práctica clínica cotidiana. John Polidori recordaba de qué forma, antes de la subasta, el Dr. Green, con la «científica» complicidad del martillero, había sujetado a la camilla a una aterrada mujercita que no superaba el medio metro de estatura. Los ojos eran dos esferas blancas e inertes por donde jamás había entrado la luz. Para demostrarles que «la enferma» era completamente ciega, extrajo un fósforo y lo encendió delante de sus ojos. La mujer no presentó reflejos hasta que se le acercó la llama a la piel. Entonces, retorciéndose del dolor, emitió un sonido gutural, un alarido mudo que parecía provenir del fondo de una caverna. El Dr. Green explicó que, si bien «la enferma» no veía, presentaba reflejos táctiles. Acto seguido, tomó la pluma, que aún conservaba restos de tinta, y la clavó en el pulpejo de uno de los dedos de «la enferma», que arqueó la espalda al tiempo que su pie izquierdo temblaba sísmicamente. El maestro explicó el recorrido nervioso que une la yema de los dedos de las manos con las de los pies. La tinta de la pluma empezaba a mezclarse con la sangre. La mujer, moviendo la cabeza a izquierda y a derecha, parecía preguntarse —como si tuviese noción del pecado y la piedad— qué mal había cometido para merecer aquel castigo y, a juzgar por la aterrada expresión, parecía suplicar clemencia. El Dr. Green se preguntó por las secretas impresiones que podía albergar «la enferma», habida cuenta de que era ciega, sorda y muda. Un interesante enigma acerca del cual aconsejó reflexionar a sus espantados alumnos. En ese preciso momento, una voz subterránea, cavernosa, cuyo

origen no se distinguía a causa de la penumbra que reinaba en el subsuelo, preguntó:

—¿Cuáles son los mudos arcanos que los muertos intentan comunicarnos desde lo profundo de la tierra?

El Dr. Green giró la cabeza y, como no viera a nadie, caminó unos pasos elevando el candil.

Entonces se hizo visible la figura de un hombre inconmensurable. Tenía la forma y la complexión de una montaña, una cabeza de dimensiones increíblemente pequeñas y una expresión de pacífica e infinita tristeza. Sujeta al tobillo, llevaba una gruesa cadena en cuyo extremo había una bola de hierro.

Sin prestarle atención, el profesor Green comenzó a describir el característico *pathos* de la reciente visita, cuando, imprevistamente, aquella mole extendió un brazo y una mano gigantesca abarcó la totalidad del diámetro de la cabeza del profesor Green. Los aterrados alumnos vieron cómo lo elevaba en el aire y lo apartaba de su camino. Cuando lo hubo soltado, el maestro cayó vertical sobre sí mismo. El visitante se abrió paso entre los discípulos paralizados de horror, liberó a la mujercita, la tomó entre sus brazos con la delicadeza de una madre, pasó por sobre el cuerpo espasmódico del Dr. Green y se volvió a perder en las tinieblas.

7

Como os lo dije antes, soy apenas la tercera parte de una monstruosidad. Pareciera ser que todo en nosotras está repartido en forma inversamente proporcional. A la fama pública de mis hermanas se opone mi absoluto anonimato. A su belleza incomparable se opone mi desmesurada fealdad. A su frívola estupidez se contrapone —y no toméis esto último como una muestra de soberbia, pues no lo presento como una virtud sino, más bien, como todo lo contrario—, mi insufrible inteligencia que me atormenta y me acosa como una enfermedad. A su locuacidad exasperante —rayana en la grosería, pues pareciera que no pudieran sustraerse a la tentación de interrumpir compulsivamente a sus eventuales interlocutores— se opone mi obligado mutismo. A su falta de escrúpulos, mi excesiva inclinación al remordimiento, como si estuviera yo condenada a cargar con todo el peso de sus atroces crímenes y ya os estoy haciendo una confesión, pues tampoco me declaro inocente sobre mi propia conciencia.

Mi querido doctor, sois el primero en saber de mi existencia; si me conocierais y

compararais mi persona con las de mis hermanas, quizás os veríais inclinado a suponer que, al igual que las riquezas, exista en el universo una determinada cantidad de belleza que, como todo, está injustamente repartida. Por cada ápice de la piel tersa, suave y perfumada de mis hermanas, por cada uno de sus recatados poros, puedo contar, sobre la superficie de la mía, el mismo número de pústulas crónicas y quistes sebáceos, de forúnculos en flor y de llagas malolientes. Por cada uno de sus cabellos rubios y ondulados, puedo contar la mitad en la escasa pelambre arratonada y mustia que deja traslucir mi cuero cabelludo seborreico y salpicado de costras de piel muerta. Desde que aprendimos a hablar, era notable en ellas una cierta tendencia a pronunciarse al unísono, lo cual, por cierto, conduciría a suponer una consecuente unicidad de pensamiento, por llamar de algún modo a aquello que gobierna el movimiento de sus lenguas.

Lo que estoy a punto de revelaros —quizá lo más escabroso que habréis de escuchar— no tiene otro propósito que el de protegeros. En este punto tal vez os estaréis preguntando de quién. Pues ya mismo os lo contestaré: de mis hermanas y, consecuentemente, de mí. Y la siguiente pregunta que de seguro os formularéis es de qué deberíais cuidaros.

Mi querido Dr. Polidori, no habréis de suponer que mi monstruosidad consiste únicamente en mi extrema fealdad. No. No ignoro vuestra vastísima erudición. Sabéis que existen personas cuya supervivencia depende de la apropiación de «algo» de sus semejantes, aun cuando en la consecución de este «algo» pudiera ir la vida del ocasional semejante. Conocéis la negra leyenda de la condesa Bátory, que —según se dice— necesitaba de la sangre de sus víctimas para conservar su juventud. Probablemente, mediante este supuesto, justificara la condesa el morboso placer que le provocaba ver la sangre brotar de sus bellas sirvientas, como presenciar el espectáculo de la muerte en el curso de los inhumanos tormentos a los cuales las sometía.

Sucede, mi querido Dr. Polidori, que mi propia supervivencia y, consecuentemente, la de mis hermanas, depende de la obtención de «algo» que vos poseéis. No sabéis cuánto debo resistir a la tentación, pues, desde ya os lo digo, en poco tiempo mis hermanas y yo estaremos agonizando si nos falta «aquello» de lo que sois dueño.

Pero me parece prudente concluir por hoy mis confesiones. Ya os he dicho demasiado y estoy extenuada. Este verano será bastante largo. Me despido hasta muy pronto con una súplica: cuidaos.

Annette Legrand

Al borde de la desesperación, John Polidori hizo un rápido inventario de todo cuanto le pertenecía. Su patrimonio no superaba los magros excedentes del salario que, puntualmente, recibía de su Lord. No tenía propiedades: de su padre no había

heredado más que la congénita sumisión y el pobre destino de estar irremediabilmente condenado a la servidumbre. Al igual que a su padre, Gaetano Polidori, el fiel secretario del poeta Vittorio Alfieri, no lo adornaba el don de la escritura, no podía esperar el dulce dictado de las musas, sino el de la grave voz de su Lord, cuya inspiración parecía ir más rápido que su mano.

Era dueño, sí, de una sorda y corrosiva envidia. Cuántas veces, mientras transcribía las obras todavía inéditas de Byron, lo había asaltado la idea del plagio. ¿Qué era lo que él podía tener? No era dueño de nada, ni material ni espiritual, que no tuviera el más simple de los mortales.

8

Un crepúsculo gris amarillento se alzaba tras el Mont Blanc, cuya corona de nieve se perdía más allá de las nubes. El Lemán presentaba la apariencia de una pradera devastada. El sol, una mancha difusa y apenas visible, irradiaba una luz fría que igualaba, en un incierto color otoñal, el rojo de los tejados con el verde de los álamos, el gris de las rocas con el ocre de la arena. Caía una lluvia furiosa. Había llovido sin pausa durante toda la noche.

John Polidori despertaba de un sueño frágil y quebradizo. Volvía de aquella frontera difusa que separa la duermevela de la vigilia. Transitaba ese umbral en el cual los anhelos tienen la materialidad de la concreción y la realidad es apenas una vaga incertidumbre. Conforme al raro concierto de percepciones y ensoñaciones, el secretario tenía dos certezas. La primera, que durante la noche, antes de dormirse, había escrito un relato de principio a fin, cuyo contenido no recordaba con claridad, aunque lo tranquilizaba la irrefutable evidencia —bastaba con abrir los ojos— de que los manuscritos descansaban sobre el escritorio. La segunda, que había tenido una horrenda pesadilla en torno a una carta, cuyo macabro contenido sí podía recordar. Un mal sueño. Nada más. Y se alegró profundamente de ambas convicciones. Se desperezó extendiendo los brazos y arqueando la espalda. Con unas deliciosas y merecidas caricias, se rascó la cabeza haciendo un remolino de pelo en torno al índice. Una levísima, imperceptible sonrisa se insinuaba en las comisuras de sus labios. Había escrito el relato perfecto. Recordó la discusión que había mantenido con su Lord hacía unos pocos días, en el curso de la cual Polidori le hiciera saber a Byron que entre ambos no existía diferencia alguna. Y recordó, ahora sí con una sonrisa franca, la hiriente respuesta de su Lord:

—Yo puedo hacer tres cosas que tú nunca lograrías: atravesar un río a nado, apagar de un balazo una candela a veinte pasos de distancia y escribir un libro del que se vendan catorce mil ejemplares en un día.

Poco le importaban a Polidori las destrezas físicas. Pero aquel libro que acababa de escribir hacía apenas unas horas habría de sobrevivir —no lo dudaba— a la efímera fama de su Lord. Los críticos no se equivocaban. Byron era un escritor mediocre, cuya celebridad no tenía otra razón que la de los escandaletes que generaba en torno de sí. En cambio, para los hombres de la talla de John William Polidori —se dijo el secretario—, para ellos estaba hecho el marmóreo pedestal de la gloria. Aquel libro que acababa de concluir iba a vender, no catorce mil ejemplares, sino veintiocho y hasta treinta mil en solo un día. Animado en esa convicción, feliz y riendo, se despertó.

En el mismo lapso que separa un abrir y cerrar de ojos, John Polidori descubrió su propia farsa, aquel grato pero efímero engaño con el que a menudo nos ilusionan los sueños.

Desesperado, caminaba de un rincón a otro de su habitación. Furioso y aterrado apretaba la carta de Annette Legrand, empeñado en olvidar los negros augurios epistolares y, sobre todo, en recordar el contenido del relato que había soñado. Pero cuanto más se obstinaba en asir los difusos vestigios del cuento, en la misma proporción se esfumaban de su memoria. Creyó conservar un trazo, un brevísimo rastro que habría de ponerlo en la senda. Pero para cuando hubo hallado una pluma y un papel, descubrió que aquel pequeño resto era como la volátil estela de una estrella fugaz. Nada. La historia que había soñado se le había escurrido como el agua entre las manos. Nada. Polidori se sumió en una angustia inédita, inconsolable. Si la pérdida de un objeto preciado o, más aún, de una persona amada eran hechos ciertamente irremediables, al menos podían ser parcial y deficientemente sustituidos por la añoranza, por la incompleta aunque dulce sustancia de la nostalgia; pero aquello que acababa de extraviar Polidori, que era, además, su más profundo anhelo, no tenía ni siquiera el consuelo del recuerdo.

En ese estado de ánimo dejó su habitación.

9

Byron había amanecido de un pésimo humor. Tenía una expresión descompuesta y una temible arruga en el entrecejo. No pronunció palabra cuando se cruzó con su

secretario en el salón. Ni siquiera había contestado al saludo de Ham. Caminó hasta la veranda y se sentó a contemplar la lluvia. Desayunó solo y de espaldas al salón.

Polidori, enfurecido consigo mismo, intentaba vanamente recordar el relato que había soñado. Creía percibir un leve destello del sueño cuando, a sus espaldas, tronó un alegre «buenos días». Con la ligereza de una gacela, Percy Shelley atravesó el salón y fue al encuentro de Byron. Acercó una silla y se sentó junto a su amigo. Polidori ignoraba qué extraño magnetismo ejercía sobre su Lord aquel joven desinhibido, de costumbres y modos más próximos a la espontaneidad del vulgo que al protocolo al cual Byron era tan apegado. Bajo las mismas circunstancias y habida cuenta del ánimo con el que había amanecido, si cualquier otra persona hubiese osado interrumpir el íntimo e inexpugnable ensimismamiento de su Lord, se hubiera expuesto al más hiriente de los desaires. Sin embargo, desde el salón, pudo ver cómo el semblante de Byron se iba distendiendo hasta la sonrisa mientras conversaba con Shelley. Polidori odió al intruso con toda la fuerza de su alma y con el agravante, desde luego, de que había sido el responsable de la interrupción del recuerdo del sueño, justo en el momento en que estaba por acudir a su memoria.

Mary se levantó cerca del mediodía. Estaba preocupada —así se lo hizo saber a Shelley por la salud de Claire, quien, hablando en sueños durante la noche, había dicho unas cosas horribles. Percy Shelley parecía saber perfectamente de qué se trataba. Mary no se las quiso repetir, pero le manifestó que no estaba dispuesta a seguir compartiendo la habitación con su hermanastra. Hablaba en un susurro como si quisiera evitar que la escuchara Byron. Polidori, que permanecía casualmente del otro lado de la puerta, era testigo invisible de la conversación. Claire no quiso salir de la cama. No había desayunado y se negaba a almorzar. Percy Shelley mostraba más fastidio que preocupación. Por momentos —y cada vez con más frecuencia—, tenía la convicción de que había sido una locura haber incluido a Claire en la fuga. Percy Shelley había pergeñado la huida junto con Mary, la hija de su maestro, William Godwin. Como se resistía a concebir esto último como una traición, se justificaba a sí mismo renegando de su maestro. A sus ojos, Godwin ya no era aquel sabio hereje que había escrito la *Investigación sobre la justicia política*; no era ya el que se había pronunciado abiertamente contra el matrimonio e incluso contra el concubinato, razón por la que jamás había vivido bajo un mismo techo con la madre de su hija. No, ya no era aquel, sino su propio reverso: un hombre casado, para peor en segundas nupcias y, por añadidura, con una arpía, la horrenda señora Clairmont —madre de Claire—, una mujer sin más horizontes que el de los estrechos límites de la cocina. ¿Cómo había podido ofender de semejante forma la memoria de Mary Wollstonecraft? ¿Cómo comparar a la fervorosa autora de *Vindicación de los derechos de la mujer* con este esperpento doméstico, cuya sola existencia era una afrenta a la condición femenina? Godwin ya no era aquel de los escritos fragorosos en favor de los cambios sociales, sino un pobre escritor dedicado ahora a los cuentos infantiles y a la literatura para púberes. De modo que, pensaba Shelley, huir con la

hija de su viejo maestro no significaba una traición; al contrario, no era sino resucitar las antiguas enseñanzas y, de ese modo, reivindicarlo, redimirlo de su actual postración intelectual. Pero lo que ni Mary ni él habían previsto era el error que habría de significar incluir a Claire en la larga fuga que se había iniciado hacía ya más de dos años en Somers Town. Atrás habían dejado Dover, Calais y París. Ya no eran los tres alegres fugitivos de paso por Troyes, Vendeuve y Lucerna. Shelley, pese a su infinita juventud, tenía el ánimo de un anciano enfermo; Mary presentaba el aspecto de un alma en pena y Claire hacía ya mucho tiempo que se había convertido en un estorbo para la pareja: carecía de cualesquiera de las virtudes que adornaban a su padrastro y había heredado con creces la malicia de su madre, la señora Clairmont. Claire era una suerte de molesta intrusa: su quebradiza salud y, más aún, su voluble razón que, por momentos, parecía abandonarla, habían convertido el viaje en una pesadilla y, según parecía, la estancia en la Villa no habría de ser más auspiciosa. Por otra parte, Byron no se mostraba en absoluto dispuesto a desembarazarlos de Claire, en cuya compañía parecía sentirse a gusto, aunque no hasta el punto de quedarse con ella. En rigor, se diría que también el propio Byron empezaba a mostrar un progresivo fastidio hacia Claire. El deslumbramiento que le había provocado su belleza comenzaba a opacarse en contraste con el agobio espiritual y, sobre todo, con la aridez intelectual que podía ver ahora con absoluta transparencia en el ánimo de Claire. Por mucho que había intentado engañarse, Byron ya no se podía ocultar que, en realidad, lo único que lo había encandilado de Claire Clairmont era aquella sensualidad rayana en la ninfomanía que ahora parecía haberla abandonado por completo.

Almorzaron en silencio. Por alguna extraña razón nadie parecía ser el mismo después de la llegada a Villa Diodati. Polidori no podía evitar la impresión de que se le estaba ocultando algo aunque, en rigor, nunca —y bajo cualquier circunstancia y compañía— había podido sustraerse a esa certidumbre. Quizá su parecer no fuese sino el producto de atribuir a sus acompañantes sus íntimos propósitos, ya que era el propio Polidori quien sí estaba ocultando algo. Un observador imparcial, en cambio, hubiera dicho que todos se estaban escondiendo algo entre sí. El tenso silencio de la sobremesa fue interrumpido por la llegada de una embarcación. Desde la mesa vieron cómo una pequeña lancha amarraba en la escollera. Los cuatro comensales apenas pudieron disimular una inconfesable inquietud. Polidori empalideció.

Ham salió al encuentro del visitante que, ya en tierra, avanzaba bajo la lluvia hacia el camino que conducía a la residencia. Al cabo de unos minutos, Ham reapareció en el salón y anunció:

—El prefecto Michel Didier desea cambiar unas palabras con Milord.

—Que pase —ordenó Byron con impaciente curiosidad.

Didier era un hombre perfectamente redondo de mejillas rojas; la caminata le había provocado una leve agitación asmática, y un agudo silbido se le adosaba a la voz como una rémora pertinaz y monocorde. Primero, el prefecto le hizo saber a Byron y a sus acompañantes que cumplía en darles la más calurosa de las bienvenidas y que, desde ya, les deseaba la más feliz de las estadias aunque el tiempo, lamentablemente y como ya habían podido comprobar, era un verdadero incordio. Fue un largo y ampuloso monólogo. Aunque sabía —dijo— que la ilustre visita era un eximio nadador y un excelente remero, tenía la obligación de prevenirlo acerca del peligro que, bajo las actuales condiciones climáticas, presentaba aventurarse en el lago. No quería ser homérico, pero tampoco podía dejar de advertirle que tres embarcaciones habían desaparecido en las fauces del lago. Imprevistamente cambió la expresión circunspecta, sonrió y comentó divertido que estaba enterado del revuelo que había provocado la presencia de Lord en el Hôtel d'Angleterre y que, personalmente, estaba convencido de que había sido una sabia decisión instalarse en Villa Diodati, fuente de inspiración de otro poeta cuyo nombre ahora no podía recordar pero que, seguramente, empalidecería en comparación con el talento de Byron, de quien —aseguró— tenía un ejemplar de una obra cuyo título tampoco recordaba, pero los versos eran de una magnificencia inigualable, según le habían comentado, porque en rigor —confesó— aún no había tenido tiempo de leerlo, pero que aun así no se perdonaría que Lord abandonara Ginebra sin antes autografiarle el libro que, para su desgracia, se había dejado olvidado antes de salir. Byron tenía la impresión de que el prefecto estaba dando un enredado circunloquio del cual no sabía cómo salir y que, mientras más se empeñaba en no sembrar preocupación, tanta más intriga estaba provocando con su enigmático prólogo. Byron aprovechó la andanada de elogios para interrumpir al prefecto y conminarlo amablemente a ir al grano. Nada para alarmarse, pero dos hermanos habían desaparecido hacía tres días. Se trataba de dos pescadores, hombres jóvenes de veintitrés y veinticuatro años que vivían en un paraje vecino a la Villa. Nada se sabía de ellos y, lo más curioso, no se habían embarcado ya que el pequeño pesquero estaba amarrado frente a la finca donde vivían, de modo que si llegaran a tener alguna noticia, si vieran «algo», cualquier cosa, les agradecería infinitamente su colaboración. No tenía la menor intención de inquietarlos y mucho menos de interrumpir la tranquilidad de la estadia, de modo que, habiendo cumplido en tenerlos informados, el prefecto Didier se puso de pie, saludó amablemente y, aunque nadie mostró la menor disposición para acompañarlo hasta la puerta, pidió que nadie se molestara, que conocía la salida. Sin embargo Ham creyó oportuno señalarle que la puerta por la que pretendía egresar era la que

conducía hacia el sótano.

En ese preciso momento Polidori, la mirada perdida más allá de la veranda, pálido y tembloroso, musitó como un autómatas:

—En los alrededores del Castillo de Chillon.

Lo dijo en voz muy baja pero perfectamente audible. Didier quedó petrificado en el vano de la puerta. Había hablado con una certidumbre tal, que parecía la confesión de un asesino. El prefecto volvió sobre sus pasos.

—¿Perdón...? —preguntó tratando de interponerse entre la mirada del secretario de Byron y la nada.

Polidori acababa de caer en la cuenta de que había hablado y, lo que era peor, de que, como siempre, había hablado de más. En escasos segundos pensó que no había forma de retractarse. Podía decir cualquier cosa, completar la frase con alguna nimiedad, pero si, efectivamente y tal como decía la carta, los cadáveres fueran hallados en aquel sitio, quedaría de manifiesto no solamente que sabía del lugar exacto, sino que además había tratado de ocultarlo. Por un momento pensó en subir a su cuarto y mostrarle la carta al prefecto, pero un terror supersticioso lo disuadió de la idea.

—En los alrededores del Castillo de Chillon; he visto que las aves volaban en aquella dirección —se limitó a responder enigmático y sin dar precisiones.

Percy Shelley aprovechó que casualmente la mirada del prefecto se detenía en su persona para hacerle un gesto imperceptible pero significativo: cerró los ojos, negó levemente con la cabeza y se llevó el índice a la sien. El prefecto Didier hizo un leve asentimiento. En realidad, se dijo, el hombre que acababa de aventurar tan insólita premonición no presentaba un aspecto de saludable cordura.

—Bien —dijo—, consideraré la sugerencia.

Cuando el prefecto se hubo retirado, John Polidori saltó de su silla y, sorpresivamente, se abalanzó sobre el cuello de Percy Shelley.

—Miserable, vi el gesto, miserable lunático...

Shelley se lo sacó de encima con la misma facilidad con que se hubiese desembarazado de una mosca y, en un momento, lo tenía tomado por las muñecas. Byron intercedió en favor de su secretario, liberándolo de las manos del poeta, lo cual enfureció todavía más a Polidori. Se sentía como un niño: no había conseguido turbar siquiera la sonrisa de Shelley y la defensa de su Lord parecía más bien un acto de piedad. Enceguecido, Polidori corrió a lo largo del salón y con ese mismo impulso se arrojó desde la veranda hacia el vacío.

Byron y Shelley se asomaron a la balaustrada y, bajo la lluvia, vieron el cuerpo exánime de Polidori tendido sobre el pasto. Como exhalaciones, corrieron escaleras abajo. Cuando llegaron al jardín vieron que respiraba con un ritmo tumultuoso. Polidori lloraba con llanto amargo, agudo, un llanto hecho del odio más profundo. Había caído sobre los suaves arbustos que circundaban la casa y el espeso barro del jardín terminó de amortiguar la caída. Lo único que había conseguido era torcerse un tobillo. Lo levantaron por las axilas y lo entraron a la casa.

Polidori, recostado sobre el sillón, un poco magullado y cubierto con una manta cerca del fuego, se sentía ahora profundamente feliz. Byron, que le había preparado un té, estaba sentado a su lado y le acariciaba la frente. Shelley se había disculpado francamente y Mary le había leído, en un dulce susurro, buena parte de *La Nouvelle Heloise* de Rousseau.

Polidori rememoraba íntimamente su reciente proeza atlética y, sobre todo, espiritual. Byron jamás podría jactarse de semejante hazaña. Paladeaba por adelantado la dulce y demorada respuesta que, cuando llegara el momento oportuno, lanzaría como una daga al centro de la petulancia de su Lord: «Puedo saltar desde las alturas sin sentir el más leve temor por mi vida». Por estúpido que pudiera resultar, estas eran las pequeñas gestas que, paradójicamente, alimentaban el orgullo de John William Polidori y, a la vez, las que manifestaban su recóndita devoción por Byron: procedía como una novia despechada. Otra vez, y no hacía mucho tiempo, había intentado envenenarse con cianuro en una proporción tal que habría resultado insuficiente para matar a un ratón. Pero estas epopeyas lo acercaban a las alturas de los héroes románticos. Y, desde luego, la condición del héroe no era otra que la del martirio. Le había escuchado decir a Shelley que Occidente necesitaba construir sus ídolos con el estiércol de la conmiseración. Aquella frase se le había revelado tan cierta como iluminadora. Era, después de todo, la historia de su propia vida. Y ahora, mientras todos le prodigaban el merecido consuelo, no podía evitar sentirse un verdadero Cristo, lastimero, dolorido y expiatorio. Y todos se inclinaban a los pies sufrientes de su redentora figura. Por añadidura, su pequeña épica había restablecido su decreciente prestigio: Byron le había suplicado que, en cuanto pudiera, revisara a Claire, cuya salud lo tenía seriamente preocupado. Por primera vez se dirigía a su secretario en su condición de médico.

Cerca de la noche, antes de la cena, la pictórica imagen que presentaba el salón, comparable a los frescos alusivos al martirio, se vio intempestivamente disuelta por la ya recurrente visita del prefecto Didier.

Se lo veía absorto. Byron, no sin dejar de hacer visible cierto fastidio, le hizo saber que no tenían novedades sobre el asunto que lo ocupaba; en rigor, le dijo, ni siquiera habían salido de la casa. No quería que el prefecto tomara conocimiento de la breve excursión de Polidori por el jardín —ya podía imaginar los comentarios que

suscitaría la noticia en Inglaterra—, de modo que no hizo ningún esfuerzo por disimular que su presencia ya empezaba a molestarlo. Pero el prefecto estaba tan ensimismado en su sorpresa, que ni siquiera había reparado en las indirectas de Byron.

—Encontramos los dos cuerpos en los alrededores del Castillo de Chillon —dijo lacónico, en disonancia con la locuacidad que lo había caracterizado en su visita anterior.

Todas las miradas cayeron sobre Polidori. El secretario de Byron, recostado en el sillón junto al fuego, se limitó a arquear las cejas, torcer mínimamente la boca y mover la cabeza para un costado con una mezcla de asentimiento y rechazo, de certeza y resignación, como si así dijera: «Lo sabía. Era obvio. Es una pena, pero ¿cuál es el motivo de la sorpresa?». De pronto, Polidori había descubierto que aquella ominosa carta no dejaba de presentar un costado benéfico. Se sentía infinitamente importante, una pieza fundamental e insustituible en la marcha del mundo. El prefecto Didier, con unos ojos hechos de pleitesía, miraba a aquel hombre iluminado por el fuego. Sin la menor intención de importunarle en su contemplación, le suplicó que le revelara cómo había hecho para establecer el lugar exacto. Polidori suspiró, entrecerró los ojos y después de un enigmático silencio se dignó a hablar. En realidad, cómo explicarlo, se trataba de aquella equilibrada mezcla de médico y poeta; el instinto propio del galeno y el ilimitado vuelo espiritual del literato le proporcionaban una suerte de olfato lírico, ese especial perfume de la muerte, en fin, el vuelo de las gaviotas y las corrientes del lago; era obvio, no podía ser de otra manera, pobres muchachos, él mismo se negaba a dar crédito al dictado de sus deducciones pero, por desgracia, los hechos le demostraban que, otra vez, él tenía razón. Polidori se perdió en un intrincado y solemne monólogo en el cual se lamentaba de su insoportable inteligencia y de su insufrible capacidad deductivo-inductiva, de aquella sensibilidad poética; ¿por qué no podía ser como el resto de los hombres, un poco menos complejo, un poco más —cómo decirlo sin ofender— simple? Pero ¿qué podía él hacer? Esa era su naturaleza y debía aceptarla con resignación. Hablaba en un tono grave y calmo, mirando el fuego. Estaba envuelto en una frazada que le confería el aspecto de un sabio de la antigüedad. Shelley y Mary intercambiaban miradas atónitas, mezcla de asombro e incredulidad. Conocían poco al secretario de Byron, pero lo suficiente para saberlo incapaz de cualquier atisbo no ya de clarividencia, sino del más elemental y rudimentario proceso lógico. Por su parte, Claire no había prestado la menor atención al monólogo de Polidori, aunque no podía disimular el hartazgo que le provocaba su voz monocorde y áspera, cuya profusión verbal terminaría por hacerle estallar la cabeza, ya bastante maltratada por una jaqueca que amenazaba con hacerse crónica.

—*Che sarà, sarà* —concluyó enigmático, se disculpó y se retiró a su cuarto con el cansancio de los profetas después de un trance clarividente.

El prefecto Didier lo despidió con un respetuoso silencio. Byron terminó de

convencerse de que su secretario estaba definitivamente loco.

12

Entró en su habitación absolutamente convencido de la veracidad del discurso que acababa de pronunciar. Admitía que la noticia sobre la aparición de los cadáveres la había obtenido de la carta. Sin embargo, no era menos cierto que él y no otro, por razones obvias, había sido elegido confidente de aquel misterioso espíritu de las tinieblas. Repentinamente el miedo se había convertido en una grata inquietud. Intuía que podría sacar algún provecho de aquella misteriosa correspondencia. Encendió el candil y miró hacia los montes al otro lado del lago. La pequeña luz en la cima volvió a brillar. Sonrió nerviosamente y, no sin alguna ansiedad, bajó la vista hacia su escritorio. Con la respiración agitada y un amable temor, pudo comprobar que allí mismo, junto al candil, había un nuevo sobre negro con un idéntico lacrado púrpura.

Dr. Polidory

Lo que habéis hecho esta tarde fue una verdadera estupidez. De milagro habéis salido ileso. Y no puedo evitar sentirme responsable. Quizás en mi carta anterior debí haberos hablado de ciertos asuntos que os darían buenos motivos para permanecer con vida. Ya os he dicho que hay «algo» que tenéis que me es de vital importancia. Y, voy a hablaros sin rodeos, lo que quiero proponeros es un negocio, pues hay otra cosa que yo poseo que, lo sé, es aquello que vos más anheláis. Pero la condición del éxito es, en primer lugar, que ambos permanezcamos con vida y, en segundo lugar, el más absoluto secreto. Lo que habéis hablado con el prefecto Didier pudo, también, haberos costado la vida. Mi querido Dr. Polidori, esto no es un juego. Ya no tengo dudas sobre mi responsabilidad en la muerte de esos dos pobres inocentes. Por momentos temo no poder seguir cargando con el peso del remordimiento. Pero vayamos a lo nuestro.

Es tiempo de que os revele qué es «aquello» que preciso para poder seguir viviendo. Al igual que el agua y el aire, necesito de la simiente que produce la vida y la perpetúa a través del tiempo, aquella semilla vital que pervive a los muertos en virtud de su descendencia y lleva en sí el torrente animal de los instintos, pero también la intangible levedad del alma, los caracteres de nuestros antecesores y el potencial temperamento de los que nos sucederán, aquello que está escrito en la

materia del primero de los hombres y que habrá de estarlo también en el último y por los siglos de los siglos, la herencia que nos condena hasta el fin de nuestros días a ser lo que fatalmente somos, el irrevocable legado que nos da la vida con la misma insondable predeterminación con que nos la quita. Aquello, en fin, que transporta en su dulce caudal el germen de todo cuanto somos. Aquel fluido germinal que solamente vosotros, los hombres, poseéis. Habréis descubierto ya, mi querido doctor, a qué elemento me refiero. Pues sí, necesito del claro elixir de la vida lo mismo que cualquier mortal necesita del alimento. Con igual intensidad con la que cualquiera de vosotros necesita del agua para no perecer, así preciso yo beber del vital fluido. Ignoro por qué monstruosa razón la única sustancia que puede mantenerme con vida es, justamente, el más puro germen de la vida. Dr. Polidori, habréis de imaginar a qué terrible destino estoy condenada. Ya os he dicho que soy el ser más espantoso que haya existido jamás en la faz de la tierra. De más estaría deciros que no me adorna la gracia de la seducción y que, por el contrario, el solo hecho de someterme a la mirada de un hombre —cosa que afortunadamente jamás ocurrió— provocaría en él la más profunda repugnancia. Os preguntaréis de qué manera me he podido procurar la vital sustancia hasta ahora. Sois un hombre inteligente; de seguro ya lo habréis imaginado. También os he dicho que mi extrema fealdad es inversamente proporcional a la belleza de mis hermanas. Huelga deciros que, desde luego, Babette y Colette me han proporcionado, a expensas de su idéntica hermosura, aquello que mi monstruosidad me impedía procurarme por mis propios medios. Pero me adelanto a deciros que, si durante toda la vida se han tomado este —según se mire— «ingrato» trabajo, no lo han hecho movidas por el amor fraterno ni por el placer que, eventualmente, tal tarea pudiera provocarles. En rigor, si del deseo de mis hermanas dependiera, ya hubiese muerto hace mucho tiempo. Me reservo para más adelante el revelaros el motivo de la «humanitaria» vocación de Babette y Colette. Es casi pública la fama de mis hermanas. Tal vez, vos mismo habéis escuchado las murmuraciones que sobre ellas corren: rameruelas, cantoneras, zorronas, corta faldas, pencurias, casquivanas, esquifadas y hasta, lisa y llanamente, putas, son algunos de los calificativos que les han endilgado. Quizás hayáis leído con vuestros propios ojos alguno de estos epítetos escrito en la puerta de algún retrete público de París. Y poco hay de cierto. No podría decir que exista en ellas una natural inclinación a la promiscuidad. Sin embargo, es probable que, a causa de la tarea casi cotidiana que las obligaba a salir a conseguir el elixir de la vida, hayan terminado por tomarle gusto o hacerse a la afición. Pero esos son efectos y no causas.

Ahora que ya os he revelado qué es aquello que vos poseéis, se impone que os hable de la historia de mi familia.

Desciendo de una antigua familia protestante. Quisieron los raros avatares del azar que mis lejanos ancestros emigraran de Francia a Inglaterra y, más tarde, de Inglaterra hacia América. Mi padre, William Legrand, hombre de un frágil equilibrio espiritual, dilapidó tantas veces como rehízo la fortuna que había heredado. Nació

en Nueva Orleans y allí creció sin más preocupaciones que las que puede tener un joven de acomodada posición.

Al morir mi abuelo, mi padre, presa de una de las pestes más devastadoras que sufriera América —me refiero a la letal fiebre del oro—, dilapidó hasta la última moneda que había heredado detrás de sus quiméricas ilusiones. Sin otra compañía que la de su fiel criado —que, por otra parte, era lo único que lo mantenía con los pies en la tierra—, se instaló en la solitaria isla de Sullivan cercana a Charleston, en Carolina del Sur. Dios sabe cómo, al cabo de dos años, volvió a Nueva Orleans convertido en uno de los hombres más ricos de América. Pero su fortuna duró tanto como el tiempo que separa el relámpago del trueno: entusiasmado por su buena estrella, invirtió la totalidad de su capital en una descabellada expedición al inhóspito Yukon, donde, por añadidura, cerca estuvo de perder la vida.

Pero como si su destino hubiese estado signado por la misma suerte de Lázaro, milagrosamente habría de levantarse, otra vez, de la más paupérrima miseria. Cuando todo parecía indicar que aquel era el fin definitivo de la ancestral fortuna de los Legrand, una mañana llamaron a su puerta. Un lacónico caballero de aspecto medieval y cara de pájaro que se presentó como notario cumplió en notificarle que, no habiendo descendientes directos ni testamento, él, William Legrand, sobrino nieto de un desconocido André Paul Legrand recientemente fallecido en Francia, era el único heredero de todos los bienes del ignoto difunto, a saber: una discreta mansión en el corazón de París con todas sus piezas de arte, joyas y mobiliario, y una suma de dinero suficiente para que pudieran vivir holgadamente, por lo menos, las tres generaciones siguientes.

Habida cuenta de que ya nada lo ataba a la ciudad de Nueva Orleans —no tenía familia y su entrañable criado, Júpiter, que ni en las peores circunstancias lo habría abandonado, estaba muerto—, mi padre decidió que su nuevo destino habrían de ser las tierras de sus ancestros. La decisión no tardó más que el tiempo que le llevó estampar su firma en el documento que acababa de leerle el notario. Al mes siguiente mi padre llegaba a París. Durante la primavera de 17..., conoció a quien sería mi madre, Marguerite, con la que se casó en la primavera siguiente. No es mucho lo que puedo decir sobre mi madre pues no la conocí. Poco tiempo después —a un año exactamente de su casamiento—, la vida de mi padre habría de convertirse en una pesadilla.

Pero dejaré que el relato corra por su cuenta: os transcribo aquí una carta que mi padre le escribiera a cierto médico en la cual, con desesperada amargura, le relata el comienzo de mi monstruosa biografía.

SEGUNDA PARTE

1

CARTA DE WILLIAM LEGRAND AL DR. FRANKENSTEIN

París, 15 de marzo de 1747

Mi muy estimado Dr. Frankenstein:

Estas líneas son hijas de la desesperación. Mucho me complacería, habida cuenta del largo tiempo que no mantenemos contacto, hablaros de cuestiones más gratas. Sin embargo, debo confesaros que, si decidí llamarme a silencio durante estos últimos tres años, ha sido, justamente, a causa del desgraciado curso que, inesperadamente, ha tomado mi vida. Os suplico que me ayudéis, pues ya no me quedan fuerzas para seguir cargando con esta cruz. Necesito de vuestro sabio consejo y, sobre todo, de vuestra noble discreción. Esta carta es a la vez una confesión, un intento de expiar culpas y un ruego. Tal vez vuestra sabiduría de médico encuentre una salida al siniestro laberinto en que, durante estos últimos tres años, se ha transformado mi existencia. Lo que habré de relataros es lo más espantoso que podría sucederle a un hombre. No me juzguéis como a un pobre loco; aún, al menos por ahora, no lo estoy. Hago votos para que Dios me anime a enviaros esta carta una vez concluida, aunque mucho me temo que el pudor me impida hacerlo. En la última, os daba la buena nueva de que Marguerite estaba encinta. Recuerdo con qué felicidad os relataba el acontecimiento, pues era un anhelo largamente acariciado por mi mujer y por mí. Todo marchaba a las mil maravillas y no había motivos para suponer otra cosa que el más auspicioso de los desenlaces. Sé que estáis enterado de que mi mujer murió durante el parto a causa de ciertas inesperadas complicaciones y también sé que estáis al tanto de que, mientras su vida se apagaba, con heroico renunciamiento y en el límite de sus fuerzas, pudo dar a luz a dos hermosas mellizas. Pero esa es solo una parte de la historia. Existen otros acontecimientos que nadie conoce aún y que jamás me he atrevido a revelar pues son tan terribles e inexplicables que, presa del espanto, no he sabido cómo proceder ni a quién acudir.

Trataré de contároslo con tanto detalle como me lo permita el pudor.

Durante la helada madrugada del 24 de febrero de 1744, minutos antes de que un relámpago cadmio anunciara la proximidad de la tormenta más espantosa de la que este siglo tenga memoria, Marguerite —que acababa de entrar en el séptimo mes de embarazo— se despertó sobresaltada. Recuerdo que, aquella noche —ignoro por qué—, la había pasado yo en vela presa de una indefinible angustia que era —hoy lo sé— la señal de los más negros augurios. Tenía la inexplicable certeza de que algo funesto habría de ocurrir. Como si de pronto los acontecimientos comenzaran a adecuarse a mis oscuros temores, mi esposa se incorporó y, apoyada sobre los codos, creyó morir de dolor. Se llevó la palma de la mano al vientre, tal como hacen las mujeres embarazadas cuando presienten la inminencia del peligro. En ese preciso momento sobrevinieron dos hechos a un mismo tiempo, como si uno fuera la causa y a la vez el efecto del otro. Cuando mi esposa posó su mano por encima del camisón, me comunicó su inquietante impresión de que el volumen de su vientre era incomparablemente mayor que al acostarse, hacía apenas unas horas; en ese mismo instante, la casa entera cimbró a causa de un trueno. Intenté tranquilizarme en la convicción de que todo aquello no era más que una falsa percepción, producto de la angustiada duermevela. De inmediato encendí las velas del candelabro que estaba sobre la mesa de noche y, espantado, pude comprobar que, efectivamente, el vientre sietemesino, que hasta hacía unas horas apenas si sobrepasaba el perfil del exiguo busto de mi mujer, era ahora un abdomen colosal cuyo volumen le impedía juntar una mano con la otra por delante de él.

Jamás sospeché que el abrupto final del sueño de mi esposa iba a ser el comienzo de la más negra de las pesadillas que habrá de atormentarme hasta el último de mis días.

Del otro lado de la ventana, el cielo se cernía sobre el mundo como un ultimátum; la ciudad era una sombra lejana y endeble que parecía implorar piedad, cercada arriba por la tormenta y abajo por el río; París nunca había visto el Sena tan furioso. Las aguas empezaban a golpear con iracundia las escalinatas que bajan a la ribera hasta alcanzar, con su cresta de monstruo, las balaustradas de los puentes.

Sin embargo, si hubiera imaginado lo más terrible que podía sucederle a una embarazada, hasta la fantasía más tenebrosa habría sido benévola comparada con lo que sucedió aquella noche en la que se desató la tormenta más espantosa de la que este siglo tenga memoria.

Caía una lluvia furiosa. Fui hasta la ventana, desempañé el vidrio con la palma de la mano y pude comprobar que la cortina de agua y piedras de hielo hacía imposible ver más allá del alféizar, sobre cuya superficie unas macetas con malvones se deshacían como si fueran atacadas a golpe de hacha. Enfrente, la catedral parecía ser el epicentro del diluvio, como si la furia de Dios se manifestara a través de las tenebrosas bocas de las gárgolas que vomitaban unas pesadas columnas de agua.

Con los ojos llenos de asombro, miraba a mi mujer, cuyo rostro, desde mi

perspectiva junto a la ventana, quedaba oculto detrás del gigantesco promontorio del vientre.

Los primeros cinco minutos de la tormenta ya habían hecho estragos. Mi mujer gritaba de dolor. Desesperado envolví a Marguerite en las cobijas y no sin dificultades la alcé en mis brazos.

Pude darme cuenta de que el cobertizo estaba inundado recién cuando sentí el agua que trepaba hasta mis rodillas. Recostada sobre una vieja mesa en desuso, mi esposa parecía morir.

Los caballos relinchaban y corcoveaban echando un vapor blanco y espeso por la boca. No había forma de sujetarlos al coche. Marguerite se retorció de dolor y ya no quedaba demasiado tiempo. Corrí hasta la puerta y grité suplicando auxilio. Sin embargo nadie, absolutamente nadie, acudió en mi ayuda. Era como si todos los habitantes de París acabaran de ser exterminados por imperio de una súbita peste. El alarido de mi mujer me devolvió de inmediato al cobertizo. Cuando entré, la vi recostada contra la pared, jadeante y envuelta en un tul de sudor helado, intentando detener con sus manos una cascada de sangre que brotaba desde el centro de sus piernas. En otras circunstancias, y si no se hubiera tratado de la mujer que amaba, habría sucumbido al pasmo que me produjo el cuadro. Sin embargo, dueño de una súbita valentía, me arremangué dispuesto a traer a este mundo el fruto que albergaba el vientre de mi esposa.

Con su último aliento, mi mujer, exhausta y pálida a causa de la imparable pérdida de sangre, se esforzaba todo cuanto se lo permitía el exánime vigor de su cuerpo. Impulsado por el más elemental instinto, introduje mi mano y, de inmediato, pude palpar la forma inconfundible de una diminuta cabeza. Me encomendé al Todopoderoso y tiré de ella con delicada firmeza hasta verla asomar entre aquella vertiente de sangre. Cuando todo hacía suponer que con un poco más de fuerza tendría aquel cuerpecito entre mis manos, noté que algo estaba obturando la salida. Giré mi mano con suavidad y entonces pude sentir con absoluta nitidez que, junto a la pequeña cabecita que sujetaba, había otra de idénticas dimensiones. Marguerite exhaló un prolongado suspiro y, para mi completa desesperación, vi que no volvía a respirar. Presa del más amargo desconsuelo, grité con todas las fuerzas de mis pulmones esperando que alguien viniera en nuestro auxilio. Dios sabe cómo, con mis propias manos, traje al mundo a las dos pequeñas.

Las niñas tenían unidas las espaldas por una horrorosa pústula, una suerte de eslabón de carne inciertamente antropomorfo. Para mi completo terror, vi que aquel nexo se agitaba con movimientos propios, se contraía y se dilataba como si estuviese respirando. Cuando levanté a las niñas en mis brazos, se separaron como por accidente, sin que tuviera yo que hacer el menor esfuerzo. Aquella cosa cayó al piso —que estaba cubierto de agua— y se deslizó, flotando, hasta un rincón del cuarto. No pude evitar la viva impresión de que esa entidad estaba animada. Intenté disuadirme con la idea de que su aparente movimiento no respondía a otra cosa que

al leve vaivén del agua sobre la cual flotaba. Sin embargo, cuando me detuve a observarlo más de cerca, no tuve dudas de que aquel extraño ser estaba haciendo esfuerzos por mantenerse a flote. Era, entonces pude percibirlo, una suerte de pequeño animal, como un renacuajo, cubierto por una piel grisácea semejante a la de los murciélagos. Hubiera jurado además que esa cosa horrorosa me estaba mirando. Dr. Frankenstein, imaginad el cuadro: mi esposa muerta sobre la mesa, mis hijas en mis brazos, ese fenómeno mirándome con unos ojos llenos de hostilidad y yo solo, completamente solo y sin saber qué hacer. De pronto tuve la inmediata certeza de que la causa de toda mi súbita desgracia no podía ser sino ese ente siniestro que se debatía en el agua. Entonces —aferrando a mis hijas entre los brazos— caminé hasta donde estaba aquel engendro y, aprisionándolo entre la planta de mi pie y el piso, me aseguré de que se ahogara bajo el agua. En ese preciso instante noté que mis hijas empezaban a ponerse moradas y que no respiraban. No tardé en comprender que una cosa era causa de la otra pues, no bien hube levantado el pie liberando del ahogo a esa cosa, mis hijas volvieron a respirar. Aquel pequeño monstruo me miraba ahora con unos ojos llenos de odio. Para mi completo espanto, vi cómo giraba sobre su diminuto eje y, con la velocidad de una rata, se perdía tras las maderas del zócalo.

Mi esposa murió. Mis hijas, a las que bauticé como Babette y Colette, han crecido saludables y hermosas. Aquella pequeña monstruosidad deambula por los sótanos de la casa y rara vez se deja ver. Suelo oírla andar por los subsuelos —la biblioteca y la bodega— y solamente sé de su existencia por sus asquerosos rastros. La he visto disputarse su comida con las ratas. Aunque nunca más he vuelto a verla, sé que permanece viva porque mis hijas aún respiran. Muchas veces, mientras intentaba dormir, he sospechado su ominosa presencia acechándome desde la oscuridad y aún temo una despiadada venganza. Sé que me odia.

Una nodriza se hizo cargo de alimentar a las niñas y, desde hace un año, un aya se ocupa de educarlas. Las mellizas han crecido llenas de salud y son de una belleza tan idéntica que aún hoy me cuesta distinguir a una de la otra.

La carta se interrumpió abruptamente en la mitad del papel. Polidori miró el reverso de la hoja comprobando que ya lo había leído. En la siguiente página Annette Legrand retomaba la palabra.

Como la sola idea de la confesión lo llenó de pudor, mi padre decidió compartir el peso del secreto solo con mis hermanas y la carta que comenzara a escribir a su amigo quedó inconclusa. La tomé del cesto de papeles. Ahora habréis de comprender por qué razón mis hermanas se han preocupado en mantenerme con vida.

Dr. Polidori, como podréis imaginar, los hechos que confiesa mi padre están cautamente tamizados por la vergüenza y, pese al tono de dramático mea culpa, apenas revelan una parcialidad de la historia. Y no lo condeno. Pero, desde luego, pese a su lastimero alegato cargado de martirio, jamás habré de perdonarle el confesado hecho de que haya querido asesinarme. En verdad os digo que no guardo un profundo aprecio por la vida. Si aún no he muerto, desde luego que no lo debo al amor de mi padre ni al fraternal cariño de mis hermanas. Conservo una férrea memoria de mis días de infancia. A nadie acuso de haberme condenado a una inexistencia civil de hecho. A ninguna otra cosa que a mi propia voluntad de retiro atribuyo mi absoluto anonimato. Desde muy pequeña sentí un irrevocable afán de soledad y siempre tuve una necesidad —casi fisiológica— de permanecer en sitios oscuros y silenciosos. De mis rivales, las criaturas de las profundidades, he aprendido casi todo. De las ratas, la voraz apetencia por los libros; de las cucarachas, el penetrante poder de observación; de las arañas, la paciencia; de los murciélagos, el sentido de la oportunidad; de las lauchas, a recorrer distancias inconmensurables por las entrañas de las tinieblas. Conozco París mejor que el más orgulloso de los parisinos. Sé de los pasadizos y corredores que atraviesan la ciudad de extremo a extremo, a uno y otro lado del Sena y, si mi interés hubiera sido el dinero, podría haber robado cien y mil veces los tesoros napoleónicos.

Desde muy pequeña sentí la viva necesidad de permanecer cerca de mis hermanas. Quizás, a causa de nuestra condición de siamesas, de nuestra germinal e íntima comunión carnal y, tal vez, con el afán de velar por su salud —después de todo, también mi vida dependía de la de ellas— jamás pude llevar una existencia completamente independiente, como si, efectivamente, continuáramos siendo un mismo ser dividido en tres partes. De modo que, cuando éramos todavía muy pequeñas, mientras la institutriz, con infinita paciencia, se desgañitaba enseñándoles el alfabeto a mis hermanas —que por cierto nunca tuvieron demasiadas luces, por no decir que eran lisa y llanamente dos idiotas—, yo permanecía del otro lado de la reja de la ventilación, escudriñando desde la penumbra. Así aprendí a leer y a escribir. También, desde muy pequeña, decidí que mi lugar en la casa eran los subsuelos: la biblioteca y, más abajo todavía, la bodega. Mi padre había heredado la fabulosa biblioteca de mi tío, André Paul Legrand, cuya pasión por los libros superaba holgadamente el espacio destinado a la biblioteca: la segunda planta de la casa. Sin embargo mi padre decidió que aquellos innumerables ejemplares eran un verdadero estorbo que no hacían más que quitar espacio e hizo trasladar todos los volúmenes, sin orden ni criterio, a los sótanos de la casa.

Era una biblioteca verdaderamente bella. Una luz mortecina que bajaba desde

las claraboyas en tenues y solemnes conos le confería un aspecto que se diría extrañamente sagrado, una suerte de basílica pagana, una lujuriosa y dionisiaca catedral que, ruinosa y abandonada, se me ofrecía —solo para mí— como el más tentador de los pecados. El dulce perfume del papel humedecido, el cuero de los lomos, las hojas arrancadas a dentelladas por las ratas, los gusanillos y la invasión del hongo sobre la letra otorgaban a los libros una apariencia de animal muerto, del cual se nutrían innumerables y antagónicas bestezuelas (Dr. Polidori, quien escriba con ánimo de trascender se interna por mal camino). Y en medio de ese sordo combate, también yo, animal carroñero, quería mi parte. Fue una larga y denodada lucha contra las ratas, que parecían obstinadas en devorarse exactamente aquella lectura que yo me reservaba con más fruición. Tenía que ser veloz, leer tan rápido como me fuera posible, antes de que mis rivales acabaran con mi lectura. Era una lucha desigual, pues tenía que batirme sola contra no menos de cien roedores. Bastaba con que un libro despertara mi interés, para que ese y no otro fuera inmediatamente atacado. Y precisamente los libros que más placer le habían dado a mi espíritu, esos que quería conservar con más ansias, eran las presas predilectas de mis voraces enemigas. No había escondite que no encontraran, ni barrera que no pudieran superar. Fue entonces cuando descubrí que si las ratas eran más sabias que yo, no tenía otro camino que aprender de su ancestral sabiduría. Si los libros estaban condenados a ser pábulo de las bestias, yo iba a ser la más predadora de las fieras. Leía durante días enteros. Cada página que concluía la arrancaba de inmediato y me la engullía de un bocado. Pronto aprendí a distinguir el sabor y las diferencias nutritivas de cada autor, de cada texto, de cada una de las escuelas y corrientes. Y en mi infatigable lucha contra las ratas, cuanto más me parecía a ellas, tanto más, por primera vez, me sentía infinitamente humana. Así como el hombre, en su evolución, pasó de la comida cruda a la cocida, de igual manera hice mi propio progreso: de devorar, pasé a comer. Y, habida cuenta de la vecindad con la bodega, que además estaba tan bien nutrida como la biblioteca, descubrí que para cada autor había un vino y no otro.

En el curso de mis primeras comidas, he almorzado una antigua edición del Quijote en español; aquella misma noche, entusiasmada con el Manco de Lepanto, cené las Novelas ejemplares y, al día siguiente —tal fue mi fascinación por el hallazgo— me devoré, a guisa de desayuno, una bonita edición del Hidalgo Caballero en francés que, por cierto, tuve que disputarme con las ratas en una pelea cuerpo a cuerpo. Proseguí con un delicioso ejemplar de la primera edición de Los padecimientos del joven Werther y una orgiástica cena de Las mil y una noches. Habiendo ya devorado los Ensayos de Montaigne, buen provecho me hicieron Phillipe de Commines, la marquesa de Sévigné y el duque de Saint Simon. Conservo aún las tres últimas páginas del Decamerón y las últimas de Gargantúa y Pantagruel: tanto gusto me dan que me resisto a terminarlas. Engullí Los besos de Juan Segundo Everardi junto con Ariosto, Ovidio, Virgilio, Catulo, Lucrecio y Horacio. Llegué,

incluso, a degustar el indigesto aunque no menos delicioso Discurso del método seguido del Tratado de las pasiones del alma. *Como habéis de inferir no tengo la virtud de la relectura. Sin embargo, soy dueña de lo que me atrevo a definir como memoria del organismo: además del ingrato don de recordarlo todo —podría recitaros La Odisea de principio a fin—, lo que no sin cierta vulgaridad suele llamarse el saber se ha instalado, no en mi espíritu como una suma de conocimientos sino en mi cuerpo como un cúmulo de instintos en el sentido más animal del término. La literatura es mi modo natural de supervivencia. Dr. Polidori, os recomiendo seriamente que hagáis la prueba: comed lo que leáis.*

John Polidori estaba maravillado. Muchas veces se había reprochado su cortedad de memoria. Cuántas hubiese querido recitar tal o cual verso en aquellas circunstancias que se presentaban como las propicias. Pero era la suya una memoria conceptual y no literal; podía recordar la idea precisa pero le era imposible adecuarla a la métrica y a la rima con que tal poema había sido concebido. Las veces que había intentado cautivar a un eventual auditorio se había extraviado, con ridícula actitud declamatoria, en presuntos versos que jamás terminaban de rimar y cuya métrica convertía los endecasílabos en larguísimas construcciones de hasta veinticuatro sílabas. Como había traído consigo *La excursión*, de William Wordsworth, la consideró una buena oportunidad para iniciarse. Leyó ávidamente la primera página, la arrancó de cuajo, la estrujó entre los dedos y se la llevó a la boca. No resultaba fácil masticar la reseca factura del papel: era duro y las aristas le lastimaban la boca. En un primer intento, no pudo siquiera pasarlo por la garganta. Se consideraba a sí mismo como una suerte de rumiante; aquel miserable papel jamás acababa de ablandarse. Finalmente, después de varios intentos abortados por las náuseas, consiguió tragarlo. Ahora, mientras la hoja bajaba por el esófago, se sentía como una boa luego de devorarse un cordero íntegro. Insistió con la segunda página. A partir de la quinta, aquello le resultaba tan fácil como beber caldo. Ya en plena gula, allá por la página noventa y tres, Byron abrió la puerta del cuarto de su secretario inesperadamente y sin anunciarse. Ambos se quedaron petrificados mirándose el uno al otro. Polidori tenía la boca repleta de papeles que aún asomaban desde los labios anegados en una saliva negra de tinta y sostenía sobre su falda lo que quedaba del libro: las portadas y unas raquíticas hojas. Terminó de masticar y tragó ruidosamente intentando disimular lo indisimulable. Antes de girar sobre sus talones y salir por donde había entrado, Byron susurró:

—*Bon appétit.*

Por toda respuesta Polidori soltó un eructo involuntario, seco, áspero y demasiado escueto para constituir una opinión literaria.

3

Durante el curso de mis subterráneas excursiones he dado por azar con uno de los más increíbles hallazgos que, no lo dudo, ha tenido para mí el valor de una verdadera revelación. En los pasadizos adyacentes al estrecho túnel que, por debajo del Sena, une Notre Dame con Saint-Germain-des-Prés, con frecuencia creía percibir el cercano —y para mí irresistible— perfume del papel y la tinta que, a juzgar por su intensidad, se adivinaba en cantidades orgiásticas. No era, sin embargo, el olor de la tinta de imprenta sino el inquietante y para mí inconfundible aroma que tienen los manuscritos. No me fue difícil hallar el pasaje que, finalmente, me condujo a la fuente de tan tentador perfume. Se trataba, según pude intuir, de los sótanos pertenecientes a la Librería Editorial Galland.

Frente a mis ojos tenía el tesoro más deslumbrante que me haya sido dado ver: cientos de miles de manuscritos que se apilaban desde el piso hasta el techo. Tardé en comprender su valor. No se trataba, como de seguro habréis de suponer, de los originales que habían visto en forma de libro la luz de la gloria y la posteridad, sino, muy por el contrario, de aquellos que cargaban la condena más atroz con que se puede castigar una obra: sobre la portada todos llevaban un sello rojo que rezaba, lapidario, «IMPUBLICABLE». Si pudiera describiros las maravillas que me fueron reveladas en aquellas páginas condenadas a muerte antes de nacer... Os aseguro que la historia de las letras de Occidente habría sido otra y más gloriosa si tan solo algunas de estas páginas, en lugar de otras ilustres, reconocidas y consagradas, hubiesen visto la luz de la publicación.

Interesada en saber quién era el ignoto juez de las letras, aquel que decidía por nosotros, lectores, y por la posteridad de los escritos y sus autores, he podido conocer a uno de los más oscuros y descabellados personajes que habitaron la entraña de la tierra.

El hombre responsable del fallo sobre los manuscritos presentados ocupaba un sórdido despacho del subsuelo de la librería. A sus espaldas se alzaba una máquina de dimensiones gigantescas que ocupaba casi por completo la superficie de la planta. El anónimo juez había hecho, quizá, la más escrupulosa clasificación de las grandes novelas universales. Había contado, palabra por palabra, descomponiendo y numerando cada elemento sintáctico y gramatical, desde los lejanos relatos orientales como el Genji Monogatori de Murasaki No Shikibu, el Kalila y Dimma, pasando por el Satiricón de Petronio, La historia del cavallero de Dios que había por nombre Cifar, hasta el Quijote y las Novelas ejemplares y, desde luego, Boccaccio, Quevedo, Lope de Vega, Defoe y Swift, Lasage, Lafayette y Diderot. De acuerdo con tales modelos, había descompuesto todos los elementos cuantificables de cada novela —cantidad de páginas y de palabras, peso, artículos, sustantivos, adjetivos, adverbios, preposiciones, etc., etc., etc.— y había calculado los promedios

correspondientes. Había considerado, además, los componentes no cuantificables, que dio en llamar de modo genérico, los «contenidos espirituales» que habitaban las páginas de los libros. Decidió que también era posible objetivar tales elementos sometiendo los ejemplares a diferentes tratamientos. Así, por ejemplo, los expuso al empuje de enormes prensas, a temperaturas elevadas, al vapor, a movimientos bruscos, etc., y por este camino descubrió que aquellos libros que más habían perdurado en la memoria de los tiempos eran los que, casualmente, no habían modificado su peso después de tales procesos. Tomando esta peculiaridad como ley general, ideó la que dio en llamar la máquina lectora.

En la base de la máquina había una gran caldera calentada por brasas que alimentaba un fogonero. Dos colosales chimeneas trepaban hasta superar el tejado de la editorial. El artefacto presentaba una pequeña puerta por donde se colocaba el manuscrito. El primer paso consistía en pesar la obra. Si el peso estaba dentro de los promedios aceptables, era transportado hacia un contador de páginas constituido por un rodillo provisto de tantos dientes sucesivos como páginas debía tener la obra. Si el manuscrito en cuestión superaba los escollos «formales»; pasaba a la «cámara de los espíritus»; donde era sometido al tratamiento para objetivar los contenidos espirituales. En caso de que el ejemplar superase todas las pruebas, se lo sellaba automáticamente con una leyenda azul que decía «PUBLICABLE» y concluía su trayecto en un largo tubo que lo conducía a la imprenta. Sí, por el contrario, el manuscrito no se adecuaba a alguno de los sucesivos parámetros, caía en la negra garganta de una tubería que desembocaba en los más profundos subsuelos y se lo calificaba con un sello rojo que rezaba «IMPUBLICABLE».

En rigor, el ignoto juez había inventado su máquina con el solo propósito de ahorrar tiempo y, de ese modo, evitarse el arduo trabajo de leer. No lo animaba, sin embargo, la pereza; al contrario, su propósito era el de disponer del mayor tiempo posible para llevar adelante su mayor anhelo, la empresa que habría de justificar su oscura existencia: escribir la novela perfecta. Era, justamente, el dueño de la fórmula.

Diez años le demandó la redacción de su novela, a la que tituló La llave del secreto. El glorioso día que le puso el punto final, no hubiese tenido que tomarse más trabajo que el que demandaba llevar a la imprenta su flamante obra bajo el brazo. Al fin y al cabo era el juez. Pero no pudo sustraerse a la tentación. Abrió la puertecita de su máquina y con una sonrisa satisfecha dejó que el libro tomara su justo curso. Con espanto pudo comprobar que el artefacto de su inventiva, con expeditivo desdén, escupía el manuscrito hacia los infiernos de la librería.

El fogonero no tuvo tiempo de hacer nada para impedir que el juez ingresara, con paso decidido, al interior de su máquina.

He podido ver, llena de horror, el cadáver que yacía sobre su propio manuscrito en los profundos subsuelos de la librería. Al igual que en la portada del original, sobre la frente del juez podía leerse en letras rojas y lapidarias:

4

Durante los primeros años de mi existencia llevé una vida de sosegada clausura. Y era completamente feliz. Tenía mi propio paraíso. Todo estaba al alcance de la mano. Mis nocturnas excursiones subterráneas me permitían desplazarme a todas las bibliotecas de París y devorar los más exóticos libros escritos en lenguas lejanas que aprendí a descifrar. No necesitaba de la presencia de nadie. Sin embargo, al llegar a la edad de ser mujer, una cosa espantosa iba a suceder en mi vida.

De la noche a la mañana, con la misma súbita premura con que el gusano se convierte en mariposa, algo terrible iba a cambiar en mí. Inesperadamente me vería obligada a abandonar la feliz y completa soledad en la que tan a gusto me sentía para tener que depender de la ingrata existencia de mis «semejantes». El mismo día en que me convertí en mujer, me invadió una perentoria, urgente e impostergable necesidad de conocer —en el más puro sentido bíblico— a un hombre. No eran aquellos arrebatos de excitación que tan a menudo me sobrecogían; no se trataba de las frecuentes humedades bajas que ciertas lecturas solían provocarme. En última instancia, sabía perfectamente bien cómo prodigarme íntimo consuelo. Podía arreglármelas sola y, realmente, prefería mis propias y puntuales caricias —nadie podía conocer mi anatomía mejor que yo— a la idea de que un hombre pudiera tocarme. Pero esto era completamente nuevo y de una naturaleza puramente fisiológica: si tuviese que comparar mi estado de necesidad con algún requerimiento físico, me vería tentada a hacerlo con el hambre y la sed. Sentía que, de no mediar la presencia de un hombre, moriría igual que si dejase de comer o de beber agua. Y en efecto, el curso de los días me iba a demostrar que esta última no era una metáfora. Mi salud se deterioró hasta tal punto que me vi sumida en un estado de postración que me impedía, casi, moverme. Como ya lo habréis de suponer, el estado de salud de mis hermanas corría la misma suerte que el mío y, conforme mi agonía avanzaba, la vida en ellas se iba apagando en la misma proporción.

Mis hermanas eran dos bellísimas mujercitas. Y su hermosura no iba a la zaga de su precoz y ávida lujuria. Yo misma había observado, desde el respiradero, cómo se entregaban a los juegos lascivos de monsieur Pelián, el por entonces socio de mi padre, a quien se le había confiado la educación musical de las mellizas. Monsieur Pelián solía aprovechar las ausencias de nuestro padre para visitar a mis hermanas.

Como os digo, eran juegos, lúbricos y obscenos, sí, pero no más que juegos. Monsieur Pelián solía sentar a las niñas sobre su regazo —una sobre cada pierna—; primero les contaba alguna historieta, por cierto bastante vulgar pero lo suficientemente eficaz para que se pusieran rojas de una presunta vergüenza que, en rigor, era pura excitación. A monsieur Pelián le provocaba un infinito arrobamiento tener frente a sí a dos idénticas y bellas muñequillas, como si el paroxismo fuera provocado, no ya por la belleza de mis hermanas, sino por la condición misma de la perfecta identidad entre ambas. El juego predilecto de Pelián era aquel que había dado en llamar el «Juego de las diferencias». Según le habían confesado las mellizas, sus respectivas anatomías presentaban apenas cuatro ligeras diferencias. Como el socio de mi padre nunca había sabido a ciencia cierta cuál era Babette y cuál Colette, debía descubrir las diferencias apelando a su pericia táctil. Comenzaba, entonces, por acariciar los rubios bucles de mis hermanas. Con sus finos dedos de pianista, tocaba escrupulosamente, primero, la nuca de una; luego, bajaba suavemente hasta el cuello y, como un avezado catador, rozaba apenas con sus labios el extremo de la oreja —lo cual inmediatamente obligaba a mi hermana a cerrar los ojos, azules y transparentes, y a exhalar un imperceptible suspiro—; recorría con la lengua la egipcia longitud del cuello hasta el borde de la espalda. Luego se alejaba y dejaba a mi hermana, de pie, temblando como una hoja y deseosa de más caricias. Se acercaba a la otra y repetía la operación con idénticos resultados.

—Hasta aquí no he encontrado diferencias —decía en un susurro grave y entonces se disponía a continuar examinando.

Monsieur Pelián se sentaba en la butaca del piano y atraía hacia sí a una de mis hermanas, la conminaba amablemente a que permaneciera de pie delante de él y, sin tocarla todavía, le suplicaba que girara muy lentamente sobre su eje. Entonces monsieur recorría con sus ojos ávidos, primero el dulce y naciente perfil de los senos, cuyos pezones, por el solo efecto de la mirada, se ponían pétreos y se marcaban a través del vestido. Luego, y conforme seguía girando, detenía sus ojos en aquel trasero abundante y firme pero todavía infantil; mi hermana, entonces, contorsionaba la columna de modo tal que sus cuartos traseros quedaran más pronunciados de lo que ya eran por naturaleza y se los ofrecía a monsieur acercándolos hasta sus mismas narices. Pero Pelián los rehusaba y, en cambio, la tomaba por los muslos, duros y largos, hasta rozar, apenas y a través del vestido, las proximidades de la vulva que para entonces estaba completamente mojada y caliente. Al igual que antes, la separaba de sí y le suplicaba a mi otra hermana que compareciera. Con idéntico escrúpulo, repetía la escena.

—Tampoco encuentro diferencias por aquí —susurraba con deliberado fastidio monsieur Pelián—; tendré que seguir investigando.

Entonces llegaba la parte más esperada. Les rogaba a mis hermanas que se sentaran una junto a la otra sobre la tapa del piano, lentamente les levantaba las

polleras, acariciando primero sus pantorrillas firmes y torneadas y, tomando un pequeño pie de cada una de ellas, se frotaba ambas plantas contra la verga que, para entonces, estaba dura y palpitante, marcándose obscenamente a través del pantalón que parecía no poder contener su escandaloso volumen. Así, en esa posición, monsieur Pelián ascendía con su lengua desde las pantorrillas hasta los labios silenciosos que, sin embargo, parecían suplicar con leves convulsiones las caricias que ya tanto conocían. Mientras recorría con su lengua el pequeño promontorio — erguido y rojo— que asomaba brioso desde la comisura de los labios callados de la una, introducía y retiraba suavemente, primero uno, luego dos y, finalmente, tres de sus dedos finos, alargados y diligentes en los dulces antros ardientes de la otra. Mis hermanas gemían mientras se besaban y se acariciaban mutuamente los pezones. Cuando estaban al borde del frenesí, monsieur se incorporaba, se alejaba unos pasos y se las quedaba mirando, jadeantes, bañadas en un sudor de seda.

—Sigo sin encontrar diferencia alguna —decía contrariado. Se acomodaba las ropas, giraba sobre sus talones y se retiraba. Desde el vano de la puerta, volvía la cabeza y se despedía:

—Quizás en la próxima lección. Practicad para la siguiente clase lo que os enseñé hoy.

A sus espaldas cerraba suavemente la puerta y así, sentadas sobre la tapa del piano, las piernas abiertas, las vulvas empapadas y los pezones suplicantes, se quedaban mirándose la una a la otra.

5

Monsieur Pelián se nos presentaba como el único capaz de darnos lo que necesitábamos. Pero ¿acaso estábamos dispuestas a revelar a monsieur Pelián mi hasta entonces desconocida existencia? ¿Cuál sería el destino de las mellizas Legrand —y desde luego el de mi padre—, si de pronto se supiera que ocultaban a una monstruosa trilliza? ¿Cómo saber si las autoridades no iban a decidir que mi destino tenía que ser la reclusión? ¿A qué abominables estudios sería sometida por morbosos médicos? Pero, lo más inminente, ¿cómo convencer a monsieur Pelián de que se entregase a mi monstruosa persona? Por muy perverso que pudiera haber resultado el socio de mi padre, por más exquisitamente retorcida que fuera su lúbrica imaginación, difícilmente llegara al extremo de dar su lujuria a un engendro cubierto de una pelambre de roedor de cloacas, un adefesio pestilente, síntesis de las bestias

más inmundas de las profundas tinieblas. Lo más probable era que monsieur huyera a la carrera de la casa y denunciara la aparición de un horroroso fenómeno o, en el mejor de los casos, que muriera víctima del espanto. Decidimos con mis hermanas que un camino posible era el otro juego que solían jugar con monsieur: el del gallo ciego.

Mis hermanas guardaban cama. En el límite de la desesperación, mi padre estaba resuelto a llamar al médico. Las mellizas le suplicaron que no lo hiciera y que, en cambio, mandara a llamar a su socio. Sin comprender el motivo, nuestro padre accedió a la extravagante petición. Yo, por mi parte, hacía dos días que no me movía del respiradero que daba a la habitación de mis hermanas.

Mi padre volvió con monsieur Pelián quien, con sincera preocupación, miró a mis hermanas, desfallecientes y pálidas, con impotente amargura. Babette le pidió a nuestro padre que las dejara un momento a solas con monsieur Pelián. Mi padre, que jamás había sospechado de la honradez de su socio, al que, por otra parte, había confiado la educación de sus hijas, supuso que, como a un confesor, mis hermanas deseaban confiar sus últimas voluntades y expiar sus infantiles culpas. Abrazó a su socio y amigo y, finalmente, conteniendo los sollozos, se retiró del cuarto.

Monsieur Pelián, de pie entre las dos camas, contemplaba a mis hermanas con angustiosa intriga.

—Mis niñas —empezó diciendo—, no bien vuestro padre me informó de la grave enfermedad acudí sin vacilar. No sé en qué podría seros útil —dijo, conmovido, arrodillándose al pie de sendos lechos—, no soy médico. Pero podéis pedirme lo que queráis.

Babette, no sin dificultades, se incorporó sobre los codos y le pidió que acercara el oído a su boca:

—Deseamos jugar al gallo ciego.

Monsieur supuso que, presa del delirio, Babette estaba desvariando.

—Mi niña —dijo mientras acariciaba sus rubios bucles—, no sabéis lo que decís...

—Sabemos perfectamente lo que decimos —interrumpió Colette con una voz quebrada pero imperativa—, os lo suplicamos: tomadlo si queréis como una última voluntad.

—Por favor, no nos lo neguéis —imploró dulcemente Babette, al tiempo que ponía aquella cara de inocente y perversa lascivia que tanto animaba los oscuros instintos de monsieur Pelián.

—Pero si entrara vuestro padre —murmuró el maestro de piano—, imaginaos, vosotras así... enfermas y yo...

—Poned la traba a la puerta y venid —musitó Babette, apoyando su índice sobre los labios de su maestro, sabiendo que monsieur ya había accedido.

Colette puso una venda alrededor de los ojos de Pelián.

—No hagáis trampa, no espiéis.

El juego consistía en que monsieur tenía que adivinar quién de las dos lo estaba tocando. Si el maestro se equivocaba, le quitaban una prenda. Mis hermanas se sentaron en el borde de la cama y en medio de ellas ubicaron a monsieur.

Primero Babette pasó, suave, apenas perceptible, su lengua por la comisura de los labios de Pelián.

—Oh, pícara, reconozco tu aliento: Colette.

Mis hermanas no tenían fuerzas ni para reír.

—Oh, oh, error. Empezaremos por el chaleco.

Lentamente desabrocharon, uno a uno, los botones del chaleco empezando por los de arriba y, cuando llegaron al último, no pudieron evitar rozar, adrede, el voluminoso promontorio que empezaba a henchirse bajo el pantalón. Luego, otra vez Babette, introdujo su índice dentro de la boca del hombre.

—Ese dedo sí, indudablemente, es el de Babette —dijo seguro monsieur.

No había tiempo para ser honestas, ni estaban en condiciones de extender el juego tanto como solían hacerlo, de modo que se decidieron por el camino más expeditivo.

—Otra vez la respuesta es no. Ahora serán los zapatos.

Con fatigada respiración, la una le quitó el zapato derecho y la otra el izquierdo. Según las reglas, cada zapato debía ser una prenda distinta, pero, habida cuenta de las circunstancias, monsieur no puso ningún reparo. Estaba verdaderamente preocupado de que su socio y amigo pudiera sorprenderlo, lo cual, por paradójica reacción, parecía excitarlo aún más. Luego Colette le pasó ambas manos por las ingles, circunvalando la abultada bragueta de Pelián que estaba conturbada en un dilatado palpitar.

Impresionadas con el tamaño y los bríos de aquella fiera enjaulada, las mellizas, cada una con una mano, la apretaron y la recorrieron de extremo a extremo. Ya sin orden a regla ni norma, se abalanzaron sobre el maestro de piano. Babette se sentó sobre su boca y lo conminó a que le introdujera la lengua dentro de su ardiente morada. Colette terminó de desabrochar la bragueta, hasta desnudar el grueso marlo de monsieur, cuyo diámetro apenas si podía abarcar con su pequeña boca.

Fue entonces cuando me descolgué de la rejilla de la ventilación y con mis últimas fuerzas me sumé al trío. Babette se aseguró de que la venda estuviera bien sujeta y ocultara por completo los ojos del maestro. En el momento exacto, Colette me ofreció lo que sujetaba entre las manos y entonces bebí hasta la última gota de aquel delicioso elixir de la vida que manaba caliente y abundante. Y conforme bebía, podía sentir cómo mágicamente mi cuerpo volvía a llenarse de vida, de aquella misma vida que llevaba en su torrentoso caudal el germen de la existencia misma.

Para cuando monsieur Pelián se hubo quitado la venda de los ojos, yo estaba, otra vez, en mi anhelada biblioteca. Atónito, el maestro pudo ver que aquellas dos pobres almas que hasta hacía unos momentos desfallecían, presentaban ahora un aspecto rebosante, las mejillas sonrosadas y llenas de vitalidad.

Cuando mi padre entró en el cuarto y vio a sus hijas completamente restablecidas, abrazó a su amigo, besó sus manos ya punto estuvo de hincarse a besarle los pies.

—Ahora estoy seguro de no equivocarme: eres William —dijo enigmático monsieur Pelián, quien, agotado y confundido, no estaba dispuesto a reiniciar el juego.

6

Durante aquellos lejanos años, Pelián nos procuró el dulce elixir de la existencia ignorando que era el benefactor de nuestras vidas. Así Babette y Colette crecieron en igual proporción a su belleza y pronto fueron dos hermosísimas mujeres.

En la hora de su ocaso viril, mis hermanas supieron también sacar buen provecho del viejo y ya carente de atractivo monsieur Pelián. El maestro de piano tenía muchas y muy buenas amistades en los círculos más selectos del teatro. Bajo su padrinazgo, y viendo que las mellizas tenían mejores dotes histriónicas que musicales, mis hermanas pudieron ingresar sin mayores obstáculos a la compañía Théâtre sur le théâtre, cuya acogedora sede estaba en los altos de un pequeño teatro sobre la rue Casimir-Delavigne.

Mi padre no veía con buenos ojos la incursión de sus hijas en aquellos ámbitos que sospechaba poco sanctos. Sin embargo, a instancias de su viejo amigo Pelián, acabó por aceptarlo aunque, al principio, a regañadientes. La compañía estaba dirigida por monsieur Laplume, hombre cuyo profesional criterio se veía empañado por su incoercible afición a las mujeres. Y, en efecto, el director no tardó en caer rendido ante las idénticas bellezas de Babette y Colette. Varios años más joven que monsieur Pelián, mis hermanas encontraron de inmediato al sustituto perfecto del ya decrepito maestro de piano.

Si bien las mellizas hallaron en la nueva amistad un amante fogoso y atractivo con quien se sentían a gusto, no era menos cierto el carácter utilitario de la relación: no solamente tenían asegurada con frecuente regularidad la dosis vital, sino que muy pronto habían ascendido los casi siempre arduos peldaños de la dramaturgia hasta ocupar los lugares de las primeras actrices. Y ciertamente, el tiempo que habían demorado en transitar el camino desde el llano hasta la cúspide había sido breve aunque mayor que sus respectivos talentos. Mis hermanas no tardaron en ganarse la indignada antipatía del resto de las integrantes de la compañía y, en proporción

inversa, la fascinada admiración del sector masculino. Como quiera que fuere, siendo extremadamente jóvenes, las mellizas Legrand ya se habían convertido en actrices famosas. Seducir hombres no representaba para ellas ninguna dificultad; por el contrario, eran numerosísimos los galanes que las cortejaban y, por cierto, hasta formaban largas filas en las puertas de los camarines o se agolpaban bajo las marquesinas a la salida de los teatros. Y, como ya habréis de imaginar, habría de llegar también, lo inevitable.

Sucedió, como era de esperarse ante la súbita fama, que empezaron a llegarles numerosas propuestas de matrimonio. Monsieur Laplume llegó a expulsar a puntapiés a los pretendientes que, cargando ramos de flores y regalos, formaban fila frente a la puerta del camarín de mis hermanas. Pero por mucho que se esforzó, el irascible director no pudo evitar que, finalmente y casi al mismo tiempo, sendos galanes robaran sus corazones. Las Legrand se habían enamorado de dos jóvenes hermanos.

De pronto me había convertido yo en el más odioso de los obstáculos. No solamente porque no se mostraban en absoluto dispuestas a compartir conmigo el líquido producto del amor de sus enamorados, sino que, además, el anhelado matrimonio se convertía, en los hechos, en una ilusión de imposible cumplimiento. Por fuerza, y muy a nuestro pesar, estábamos obligadas a permanecer unidas. ¿Cómo pensar en formar hogares separados? Mis hermanas consideraron seriamente la posibilidad de confesar a sus respectivos pretendientes todo acerca de mi monstruosa existencia. Pero ¿cómo estar seguras de que no huirían espantados frente a la horrible revelación de que, en realidad, ellas mismas eran parte de una monstruosa trinidad? Y aun superando este último escollo, ¿cómo saber qué clase de descendencia serían capaces de darles a sus futuros maridos? ¿Y si, acaso, perpetuaran en la Tierra una nueva raza de monstruos iguales a nosotras? El odio hacia mi persona se hizo tan intenso que, no lo dudo, de no significar su propio fin, me hubiesen matado sin más ni más. Y no las culpo.

Dr. Polidori, no tengo palabras para explicar el tormento y el sentimiento de culpa que esto me produjo. Y, lo digo sin espíritu de mártir, si mi muerte no tuviese consecuencias, yo misma me habría quitado la vida. Pero no es mi intención dramatizar.

Mis hermanas tomaron la más cruel de las decisiones. No tenían otra alternativa que renunciar definitivamente al amor. Pero, por la misma razón, no podían renunciar al sexo. Así rompieron intempestivamente sus compromisos sin dar explicaciones, condenándose a un eterno calvario. Es mi obligación, entonces, decir en favor de mis hermanas frente a las murmuraciones que deshonran su fama pública, que su vida injustamente tildada de «ligera» es, en realidad, la cara visible del más puro y difícil acto de renunciamiento: la resignación al amor. En este acto de paradójico ascetismo se explican la fugacidad, ligereza y falta de compromiso en sus relaciones sentimentales. De modo que si mis hermanas se veían obligadas a trabar

amistad con hombres de baja calaña y carentes de cualquier adorno espiritual u otro atractivo que no fuera el meramente carnal, lo hacían con el único propósito de huir del amor.

Dr. Polidori, si me permito revelaros algunas intimidades de la vida de mis hermanas, lo hago con el solo propósito de lavar su mancillada reputación. Dicho esto y salvado su buen nombre y honor, me abstendré de ventilar otros episodios. Solamente me detendré en aquellos que hacen a lo que a nuestros asuntos —los vuestros y los míos, Dr. Polidori— concierne.

7

Sin embargo, mi querido doctor, los años no han pasado en vano. Os ahorraré el largo relato de nuestras biografías. La antigua lozanía de mis hermanas se vio derrotada por el paso del tiempo. Aquellos bustos magníficos y erguidos fueron perdiendo volumen y consistencia, hasta convertirse en sendos pares de magros colgajos. Los cuartos traseros, tradicionales emblemas que bien podrían haber sido los motivos del bastión heráldico de las Legrand, se transformaron en unos adiposos despojos. Y no había afeites ni lociones que pudieran disimular las profundas arrugas que, cada día, se obstinaban en multiplicarse. Ya los baños de leche tibia no alcanzaban para borrar las manchas seniles que salpicaban, progresivamente, la antigua piel, tersa y como de porcelana, de la que otrora se enorgullecían: era ahora un lienzo con la textura de un paquidermo. De a poco, las decenas de rozagantes mozos empezaron a desertar. Los más antiguos y fieles amantes fueron perdiendo el vigor viril hasta extinguirse por completo o, en el peor de los casos, morir de viejos. En resumidas cuentas, mis hermanas estaban ya decrepitas y ni ofreciendo dinero podían servirse de un hombre, pues no conseguían, siquiera, elevar los ímpetus varoniles. Por otra parte, tenían que cuidar las formas, porque, como os imaginaréis, una cosa son los siempre dudosos y refutables rumores y muy otra la exhibición pública e indiscriminada. Dr. Polidori, habíamos llegado a la agonía, pues durante semanas no conseguían traer a la casa ni una gota de la vital simiente. Y, lo relato llena de pudor ajeno, mis hermanas han llegado a disfrazarse de pordioseras y echarse a los burdeles de las calles vecinas y revolver entre los desperdicios de los prostíbulos más miserables en busca de condones que contuvieran, aunque más no fuera, una gota del dulce y blanco germen de la vida. Desde luego, no era suficiente: era como calmar la sed de un beduino perdido en el

*desierto con una lágrima nacida de su propia desesperanza.
Nos estábamos muriendo.*

TERCERA PARTE

1

PRIMERA VÍCTIMA

París se había convertido en una ciudad hostil y peligrosa. Francia recordaba a las mellizas Legrand y, aun siendo como eran, viejas y decadentes, todavía eran reconocidas por los viandantes. Y, si bien aquella fama de casquivanas siempre les había otorgado un cierto glamour y el halo de misterio que nace del rumor, tampoco podían exhibirse como un par de ancianas ninfómanas, desesperadas por conseguir un hombre en los suburbios parisinos. De modo que, en la certeza de que bajo tales circunstancias lo más sabio era el anonimato, decidieron abandonar París.

¡A qué humillaciones no me vi sometida cada vez que debíamos emprender un viaje! Con el solo propósito de no hacer pública mi monstruosa persona, mis hermanas habían comprado una jaula de viaje para perros. ¡Cuántas horas de encierro he debido padecer en aquella celda que apenas si podía albergar mi sufriente —permítaseme la licencia— humanidad! ¡Qué distancias no he soportado en el portaequipajes de un carruaje o, peor aún, en la infecta bodega de un barco, viajando en la ingrata compañía de las bestias!

Recorrimos casi todas las grandes ciudades de Europa. Mis hermanas albergaban la ilusión de conocer sendos galanes que pudieran procurarnos aquello que necesitábamos y aspiraban a una vida de sosegado anonimato y reposada felicidad. En fin, aquello a lo que aspira toda mujer soltera. En la elegante Budapest, nuestro primer destino, pasearon por la tarde sus franceses abolengos a lo largo de la ribera del Danubio, sobre la señorial margen de Buda, y acabaron por la noche, cargando desesperadas su humillación y recogiendo condones en las puertas de los burdeles de las sórdidas orillas de Pest. En Londres tuvieron peor fortuna; en Roma fueron víctimas de las más crueles humillaciones; Madrid, una calamidad. En San Petersburgo estuvieron cerca de morir congeladas. Entonces se dijeron, con sensato y cruel criterio, que el mejor destino al que podían aspirar no eran las grandes ciudades sino la tranquilidad del campo: si los solitarios pastores desquitaban sus instintos, forzados por la obligada abstinencia, en sus pestilentes ovejas, cómo no iban a recibirlas, al menos, con alguna benevolencia. Mis hermanas admitían su

decrepitud, pero por muy corroídas que estuvieran, se dijeron, no podían perder en la comparación con unas malolientes cabras. Pero como la precaución siempre es buena consejera, por las dudas, aprendieron a balar.

2

Así, decidimos instalarnos en una bella y modesta casa en los Alpes suizos.

Me inclino a pensar que la primera víctima fue, en rigor, producto de una trágica conjunción entre necesidad de supervivencia y lujuria.

El casero de nuestra modesta residencia era un hombre joven y, por cierto, muy apuesto: un campesino fornido hijo de galeses, cuyos rústicos modales le conferían un atractivo casi salvaje. Derek Talbot, tal su nombre, tenía su pequeña vivienda a poca distancia de nuestra casa. Desde la ventana, mis hermanas solían contemplarlo ocultas tras las flores del alféizar. A causa, quizá, de su agreste inocencia y de la relación casi arcaica que conservaba con la tierra, solía quitarse la camisola para cortar el césped, cosa que despertaba nuestra —digámoslo así— inquietud, pues tenía un torso que se hubiera dicho esculpido por las manos de Fidias y unos brazos fuertes que denunciaban una solidez física de animal. Cada vez que arremetía con las tijeras, sus músculos se dilataban de un modo obsceno y no podíamos evitar representarnos su miembro, que imaginábamos tan agraciado y solícito para la erección como lo eran sus brazos para el trabajo. Pero a la natural excitación se sumaba la desesperada necesidad de conseguir, por cualquier medio y de quien fuese, el vital fluido. Yo, por mi parte, por mucho que intentaba distraerme en la lectura, no podía disuadirme de la anhelada imagen de ver surgir el blanco elixir de la vida con la fuerza de un torrente de volcánica lava porque se me aparecía con la insistencia inopinada de los malos pensamientos. Y entonces la boca se me hacía agua de solo imaginarme bebiendo de aquella tibia fuente hasta la saciedad. Además, la obligada abstinencia me había ocasionado, al igual que a mis hermanas, una terrible debilidad que pronto habría de convertirse en agonía, a menos que me fuera proporcionado el dulce elixir.

Pese a la urgencia y la fatiga, mis hermanas tenían que proceder con suma cautela. La primera estrategia que urdieron fue, cuanto menos, ingeniosa. De sus épocas de estrellato guardaban una vieja acuarela publicitaria que solían mirar llenas de nostalgia. En ella aparecían, jóvenes y deslumbrantes, completamente desnudas y besándose mientras se acariciaban mutuamente los pezones. La idea

consistía en dejar, como al descuido, un sobre con la acuarela en su interior a la vista de Derek Talbot. Había dos alternativas. La primera y la más ambiciosa era que la lasciva ilustración despertara en él el deseo por las protagonistas de la escena que, si bien correspondía a épocas lejanas de dorada gloria, a pesar del paso del tiempo, no dejaban de ser las mismas. Y así, quizá, reconociendo en mis hermanas algún vestigio de su pasado esplendor, se rindiese en las actuales personas de Babette y Colette a los pretéritos encantos de la acuarela. La segunda era que, habida cuenta de la obligada abstinencia a que lo sometía el aislamiento, Derek Talbot se viera inducido a prodigarse una íntima satisfacción a sí mismo y entonces, inmediatamente después y de acuerdo a un sincronizado ardid, nos apoderaríamos de la preciada materia del éxtasis.

3

Aquella misma tarde, mientras el casero terminaba las tareas de jardinería, Babette entró en la casa y dejó la lámina sobre la mesa de noche. La casa tenía un tejado a dos aguas y desde la claraboya podía verse, justamente, la cama de Derek Talbot. Había entrado la noche cuando mi hermana Babette trepó subrepticamente por la escalerilla hasta la pequeña claraboya. Colette, según lo planeado, se asomó a la ventana de nuestra casa, desde donde podía ver la lejana silueta de Babette cortada contra el cielo como una vieja gata en celo.

El joven casero se había quitado ya la ropa cuando, al sentarse en el borde de la cama, encendió el candil y entonces descubrió en la mesa de luz el sobre desde cuyo interior asomaba parte de la acuarela. Al otro lado de la claraboya, Babette pudo ver cómo el casero examinaba sorprendido el anverso y el reverso del sobre y, lleno de curiosidad, trataba de inteligir la parte de la figura visible del papel. Sabía que aquello no era para él, pero tampoco podía sustraerse a la curiosidad. Tiró un poco más de la hoja y, entonces, creyó reconocer el rostro que acababa de quedar al descubierto. Tardó en comprender que aquella cara inciertamente familiar correspondía a la de una de las mellizas, cosa que confirmó inmediatamente cuando, habiendo tirado un poco más del papel, descubrió el otro rostro idéntico y simétrico al primero. Mi hermana Babette vio cómo Derek Talbot ponía los ojos como dos monedas de oro al retirar por completo la acuarela. Babette contemplaba la escena con una mezcla de ansiedad y excitación que se hicieron manifiestas cuando el casero se tendió sobre la cama dejando ver su miembro que empezaba a apuntar

hacia el norte, mientras miraba la acuarela. Su mano se empezó a deslizar tímidamente y, como impulsada por una voluntad independiente o, más bien, contraria a la suya, alcanzó sus ciegos testigos. Babette sonrió con una expresión hecha de lascivia y apetencia, al tiempo que se humedecía los labios con la lengua como un animal de presa que se aprestara a saltar sobre su víctima después de un largo ayuno. Derek Talbot posó la pintura sobre la almohada y con la otra mano, ahora libre, comenzó a frotarse suavemente el glande que había quedado completamente descubierto. Mi hermana, en puntas de pie sobre la pequeña cornisa, se levantó las faldas y humedeció sus dedos mayores con una saliva espesa: con uno se prodigaba unas levísimas caricias en torno del pezón —que se había puesto duro y prominente— y con el otro comenzó a circunvalar el perímetro de los labios mudos. Se acariciaba con la misma cadencia con que el joven casero iba y venía con su mano alrededor del grueso mastuerzo. Mi hermana contenía o bien apuraba el ritmo de acuerdo al tempo que adivinaba en la expresión de Derek Talbot. No quería alcanzar el éxtasis ni antes ni después que el casero. En el mismo momento en que él se disponía para un orgasmo que se auguraba prodigioso en deleites y más que profuso en abundancia del anhelado fluido, acontecieron dos hechos a un tiempo. Por una parte, contra su voluntad, los ojos del casero se posaron en el Cristo que vigilaba sobre la cabecera de su cama y, como si de pronto se hubiese visto sorprendido en toda su vileza, sintió que el índice de Dios lo amenazaba, Todopoderoso y Condenatorio, con mandarlo al más profundo de los infiernos. Aterrado, el casero se detuvo, arrojó la lámina por los aires y cubriéndose el sexo — que en un suspiro había vuelto al más diminuto de los reposos— empezó a santiguarse e implorar perdón. Mi hermana, con una mueca de congelado desconcierto, se quedó, rígida como estaba, medio en cuclillas, con un dedo metido en sus cavernosos antros y el otro a mitad de camino entre la boca y el pezón. Parecía señalarse como si se dijera: «Heme aquí, la más imbécil». Si una escultura tuviese que representar la decadencia, allí estaba mi hermana, Babette Legrand, a la intemperie nocturna, cual estatua viviente y patética, con su trasero decrepito al viento. Por otra parte, como si fuese poco, Derek Talbot, furioso consigo mismo, golpeó con toda la fuerza de sus puños la mesa de noche, con una decisión tal que el pesado candelero fue despedido con la violencia de una munición, hasta dar contra el marco de la pequeña claraboya. El ventanuco giró sobre su eje transversal abriéndose brutalmente de suerte tal que golpeó en la mandíbula de Babette quien, exánime, cayó sobre el vidrio que obró de plano inclinado haciendo que la humanidad de mi hermana se deslizara hacia el interior de la casa. Tiesa, despeinada y en la misma posición en la que estaba, se despeñó en una caída tumultuosa. El casero, aterrado, pudo ver cómo aquella maldición de Dios se acercaba desde el cielo como un cometa devastador y obsceno —pues el dedo aún permanecía metido allí— y apenas pudo protegerse cuando Babette se estrelló contra él.

Mi hermana Colette, que esperaba la señal desde nuestro balcón, no pudo comprender la efímera escena que se había presentado a sus ojos, aunque, a juzgar por el lejano estrépito, sospechó que algo había salido mal. Corrió escaleras abajo, tomó el rifle que descansaba sobre el hogar, cruzó la puerta y, cual guerrero, se perdió en la noche en dirección a la casa vecina. Aquel iba a ser el principio de la tragedia.

4

Colette, rifle en mano, entró en la casa como un justiciero. A tontas y a locas, apuntó hacia adelante y entonces, justo en la línea de la mirilla, pudo ver al casero, desnudo y aterrorizado, junto a nuestra hermana Babette, que, confusa y desequilibrada, intentaba incorporarse.

Presa de la desesperación, mis hermanas, sin dejar de apuntar al pobre casero, lo ataron por las muñecas a la cabecera de la cama y por los tobillos al rodapié. Por las dudas descolgaron el Cristo y se dispusieron, como fuera, a extraer del cuerpo del joven el néctar de la vida.

Derek Talbot, desnudo y aterrado, vio cómo mi hermana Colette le acercaba el rifle a la sien y con una mezcla de furia, excitación y desesperada urgencia, lo conminaba a colaborar. Mis hermanas se habían transformado, súbitamente, en un par de vulgares ladronas. Sin embargo, mi querido Dr. Polidori, como habéis de imaginar, era el suyo, cuanto menos, un extraño —y por cierto difícil— botín. El trabajo de ladrón lo imagino fácil: si bajo las mismas circunstancias, un dúo de improvisados ladronzuelos hubiesen querido llevarse dinero u objetos, podéis suponer que habría sido una tarea sencillísima. Aun si la víctima tuviera que ser obligada a revelar el lugar del pretendido objeto, bastaría con amenazarla firmemente y con viva convicción. Y, de hecho, sospecho que un rifle apuntado certeramente a la sien es una razón suficientemente persuasiva. Pero, de pronto, mis hermanas descubrieron que era el suyo el más difícil de los botines. Es obviamente posible sustraer objetos; pueden, incluso, arrancarse confesiones, súplicas o lágrimas. Pero ¿cómo apoderarse de aquello que ni siquiera está gobernado por la propia voluntad de la víctima? Las mujeres —y en esto no me incluyo— pueden simular placer y hasta un actuado paroxismo. Pero a vosotros, los hombres, os está vedada la simulación. ¿Cómo actuar una erección cuando, por la razón que fuere, la voluntad de vuestro socio se niega a acompañaros en la empresa? Y mucho menos

aún podéis simular el regalo del viril maná. Pues precisamente esta era la desesperada situación a la que se veía confrontado Derek Talbot: cuanto más lo conminaban a que entregara el preciado tesoro, tanto menos podía cumplir con tales peticiones y, lejos de alcanzar siquiera una modesta erección, presentaba una vergonzante inutilidad que convirtió a aquel magnífico guerrero enhiesto, que hasta hacía unos minutos se erigía brioso y rampante cual león, en una suerte de tímido roedor que apenas asomaba la cabeza desde la madriguera de su piloso pubis. Mis hermanas comprendieron que mientras mayor fuera la exigencia sobre el joven casero, tanto menores habrían de ser las posibilidades de conseguir su propósito. De hecho, el panorama que se presentaba a los ojos de Derek Talbot no se diría precisamente voluptuoso: dos ancianas fuera de sí, una apuntándolo cual forajido y la otra, magullada y confundida, paseándose a la deriva por el cuarto, dándose de bruces contra las paredes. Colette decidió cambiar la estrategia. Primero se cercioró de que las cuerdas que aseguraban las muñecas y los tobillos del casero estuviesen firmemente sujetas, después dejó el rifle apoyado contra la pared, caminó hasta el espejo y se miró largamente. Se compuso un poco los cabellos y, sin proponérselo, adquirió de pronto el viejo talante sensual con el cual solía arreglarse frente al espejo del camarín cuando, en la primavera de su vida, se disponía a salir al escenario. Creyó ver en aquellos ojos claros —enmarcados ahora en unos párpados hechos de arrugas— algo de la antigua sensualidad. Bajó su mirada hasta su propio busto y se dijo que, pese al rigor de los años, no se veía del todo mal o, en último caso, que aquel corsé que comprimía donde sobraba y rellenaba donde faltaba le confería una apariencia —por ilusoria que fuera— no del todo desdeñable. Sentada como estaba, cruzó una pierna por sobre la otra y se levantó las faldas por encima de los muslos. No era benevolente consigo misma; vio, sí, las carnes blandas que pendían sobre sus propios pliegues, consideró las adiposidades que ocupaban ahora el lugar vacante de las carnes firmes que otrora le conferían a sus piernas la belleza de la madera torneada y, pese a la devastación implacable producida por el paso de los años, se reconoció en aquella sílfide que había sido. Se dijo que si su propio y despiadado juicio —que solía atormentarla con la implacable severidad de la nostalgia— le otorgaba ahora alguna concesión, pues por qué no iba a suscitar todavía, aunque más no fuera, un pequeño rescoldo de su pasado fulgor. Sentada como estaba, giró en la silla hacia el joven casero que la había estado observando con alguna curiosidad y creyó ver en su mirada un sino de apetencia. Y no se equivocaba.

Derek Talbot la examinaba no sin cierta aprobación. Colette se sintió súbitamente bella. Sabía, íntimamente, que siempre había sido más hermosa que Babette. Solo un idiota o un ciego podría confundirla con su melliza. Miró a Babette, que trataba de recuperar la compostura, con sincera compasión. De hecho, el casero ni siquiera había vuelto a reparar en Babette y, en cambio, recorría con sus ojos las piernas desnudas que le ofrecía Colette. Mi hermana separó las rodillas y, mirando a los ojos de Derek Talbot, primero se acarició los muslos y después extendió un brazo hasta alcanzar el rifle que descansaba apoyado vertical contra la pared. Acarició el caño del arma desplazando ahora su mirada al miembro del casero —que se diría que empezaba a resucitar— e inmediatamente bajó el mango del rifle hasta su pubis, apretándolo entre las piernas mientras pasaba su lengua por la boca del caño. En esa posición se contoneaba como si montara un caballo al trote, suave y morosamente. Derek Talbot había recobrado algo de su expresión, cuando, momentos antes, contemplaba la antigua acuarela. Mi hermana Colette, viendo que el «socio» del casero regresaba al reino de los vivos, se incorporó, caminó hasta la cama, se hincó de rodillas y, como si rindiese una profana pleitesía, lo tomó entre sus manos y pasó su lengua desde el nacimiento hasta el glande y desde el glande al nacimiento. Babette, que empezaba a componerse, miró la escena, atónita y descreída. Colette, sin soltar su presa, levantó la vista y miró a nuestra hermana no sin alguna malicia, como si así le dijera: «Yo, Colette Legrand, he conseguido lo que tú, vieja e insulsa hermana, jamás podrías lograr».

Colette sintió entre sus manos una convulsión que se diría sísmica. Rápida y puntual, envolvió el trofeo en el pañuelo que llevaba consigo y solo entonces, como un volcán furioso, manó la blanca y anhelada lava. Cuando hubieron cesado los estertores, Colette presionó aún más para extraer hasta la última gota. Cuando el fluido de la vida quedó depositado en la concavidad del pañuelo, Colette hizo un nudo en las puntas y guardó la virtual talega entre sus ropas. Derek Talbot temblaba todavía como una hoja cuando, súbitamente, abrió los ojos. Como si acabara de pasar del más grato de los sueños a la más atroz de las pesadillas, vio a aquel dúo de ancianas decrepitas, voraces y rapiñeras que se reían satisfechas como hienas. Derek Talbot sintió un profundo asco que se manifestó en una náusea incontenible. Primero rogó que lo liberaran, después maldijo con toda la fuerza de sus pulmones, juró denunciarlas y propalar a los cuatro vientos que las Legrand eran unas rameritas de siete suelas.

Me trajeron presurosas el néctar robado. Bebí hasta la saciedad y conforme el fluido de la vida bajaba por mi garganta, en la misma proporción el alma nos volvía al cuerpo hasta restablecernos por completo. Desde la pequeña casa al otro lado de la residencia llegaban los gritos y las maldiciones de Derek Talbot.

Entonces mis hermanas repararon en el hecho incontestable de que si,

efectivamente, el joven casero hablaba de lo sucedido, los rumores que sobre ellas corrían iban a quedar definitivamente confirmados.

Ahora, llenas de vitalidad y animadas por una única convicción, rifle en mano, volvieron sobre sus pasos hasta la pequeña casa de Derek Talbot. Cuando el casero volvió a verlas, irrumpió en nuevas y más terribles maldiciones.

Babette levantó el rifle hasta la altura de sus ojos, apuntó al centro de la frente del joven casero y disparó.

Aquel iba a ser el inicio de una demencial serie de crímenes.

6

Me inclino a suponer que mis hermanas jamás se consideraron a sí mismas como un dúo de asesinas. Mataban con la misma ínsita naturalidad con la que el tigre hunde sus colmillos en la médula de la gacela. Mataban sin odio, sin ensañamiento. Mataban sin piedad ni espíritu de redención. Mataban sin método ni cuidado. No sentían remordimiento ni placer. Mataban conforme a las leyes de la naturaleza: sencillamente porque tenían que vivir. De pronto nos convertimos al nomadismo. Llegábamos a una ciudad o a un pueblo, mis hermanas elegían a las víctimas, obtenían el botín, mataban, volvían a matar y entonces partíamos hacia un nuevo destino. Ya os he contado el tormento que para mí significaban los desplazamientos. Se diría, en cambio, que mis hermanas estaban felices con su nueva vida.

Viajar les producía una inmensa excitación. En el curso de un año hemos viajado más que vos en toda vuestra existencia. El azar nos llevó desde el extremo occidental hasta el oriental de Europa, de Lisboa hasta San Petersburgo; de norte a sur, desde los reinos nórdicos hasta la isla de Creta. Conocimos las tierras más exóticas a uno y otro lado del Atlántico, desde los confines de los Mares del Sur y las márgenes del oceánico Río de la Plata, hasta los Estados Unidos de Norteamérica. Confieso que no podría contar, ni siquiera por aproximación, el número de muertos que dejamos tras nuestros pasos.

Dr. Polidori, en lo que a mí concierne, debo confesaros que ya no puedo seguir cargando con el peso del remordimiento. Ni del cansancio. Soy ya un monstruo viejo. Si me he resuelto a confesaros mi existencia es porque sé que en lo más recóndito de nuestras almas nos parecemos. Sé que podemos sernos mutuamente útiles. Lo que tengo para ofreceros a cambio de lo que ya sabéis es lo que vuestro corazón siempre anheló. Mañana os lo entregaré. Ahora debo dormir, ya no me quedan demasiadas

fuerzas.

Sabréis de mí.

Annette Legrand

La lejana luz de la cima se apagó.

CUARTA PARTE

1

John William Polidori releyó las últimas líneas de la carta. Otra vez lo sobrecogió el pánico. Era, sin embargo, un miedo ambiguo. Se imaginaba los cadáveres hallados en los alrededores del Castillo de Chillon. Contra su voluntad se impuso en su pensamiento la imagen de Derek Talbot atado de pies y manos a la cama, desnudo, con la frente perforada y flotando en su propia sangre. Pero ahora, descubrió, no lo atemorizaba aquella ominosa correspondencia; al contrario, lo único que, supuso, podía salvarlo de la voracidad asesina de las mellizas Legrand era, precisamente, aquella monstruosa entidad. A pesar de la situación, cuanto menos unilateral, que surgía de la última carta, Polidori confiaba en la posibilidad de sacar algún rédito. Pero se preguntó si acaso Annette Legrand sabría qué era aquello que su corazón más anhelaba. Albergaba la supersticiosa esperanza de que lo supiera. No sentía el menor pudor en exhibir sus más recónditas miserias; al contrario, estaba dispuesto a desnudarle todas sus inconfesables ruindades. De pronto, Polidori descubrió que la abominable trilliza no solamente podría preservarlo de la muerte, sino que, aún más, podría cambiar su insignificante existencia.

John Polidori plegó la carta y la guardó en el sobre. Con la ansiedad de los enamorados, esperaba que concluyera el día que todavía no había comenzado para recibir la siguiente carta. Ni siquiera había considerado la posibilidad de dormir. No se imaginaba de qué forma Annette Legrand conseguía que las cartas aparecieran sobre el escritorio aunque sabía, sí, que la condición era la de no ser vista. De modo que, por si se decidía a dejarle correspondencia, John Polidori se dispuso a abandonar el cuarto.

Cuando el secretario bajaba al salón, desde el rellano de la escalera, se encontró con un cuadro aciago: el recinto estaba iluminado por un candelabro mortuorio que brillaba débilmente en el centro de la mesa. La cabecera norte, flanqueada por dos armaduras, estaba ocupada por Lord Byron y la contraria por Percy Shelley, mientras que, a los laterales, una frente a otra, estaban sentadas Mary y Claire. La extraña luz proveniente de las brasas del hogar se combinaba de un modo incierto con la que dimanaba del candelabro, lo que confería a la escena un sino de aquellarre. Los ojos de Byron brillaban con un resplandor malicioso que Polidori desconocía. Claire, la

cabeza extrañamente erguida, las palmas sobre la mesa, parecía, alternativamente y según los arbitrios del vaivén de las llamas, tener los ojos en blanco o bien cerrados. Desde su perspectiva en lo alto de la escalera, Polidori no podía ver el rostro de Mary aunque sí percibía su respiración agitada. Percy Shelley había perdido su sempiterna expresión de alegre sarcasmo y, más bien, se lo veía asustado. Delante de Byron había un libro abierto. Con una voz áspera, grave, que su secretario jamás le había escuchado, su Lord leyó:

—De pronto se ha levantado la dama, la deliciosa Christabel... La noche es fría; el bosque está desnudo; ¿es el viento el que gime en la soledad? ¡Calla, palpitante corazón de Christabel! ¡Jesús, María, amparadla! Ha cruzado sus brazos bajo el manto y se desliza más allá del roble. ¿Qué es lo que ha visto allí?

Polidori notó que Shelley empalidecía. Un temblor indisimulable lo obligó a aferrarse a la silla. Byron continuó:

—Bajo la lámpara, la dama se inclinó y miró lentamente en su torno; después, reteniendo la anhelante respiración, como en un estremecimiento, soltó bajo el pecho su cintura; su vestido de seda y su camisa cayeron a sus pies, y aparecieron — ¡miradlos!— sus senos y la mitad de su costado, visión de pesadilla...

En ese preciso pasaje de la lectura del *Christabel* de Coleridge, Percy Shelley lanzó un alarido desgarrador, saltó de su silla y corrió desesperada y tumultuosamente hasta caer, entre convulsiones y frases ininteligibles, a los pies de Byron. Como pudieron, entre los tres, lo alzaron y lo llevaron hasta el sillón. Shelley estaba delirando. Empapado en un sudor helado, la mirada perdida en sus propias alucinaciones, describía las pavorosas visiones que la lectura de Byron había desencadenado. Hablaba de una mujer en el centro de cuyos senos, en el lugar de los pezones, presentaba unos ojos amenazantes.

Polidori, testigo invisible, disfrutaba con infinito placer el triste espectáculo que daba aquel que fuera el joven imperturbable y escéptico que se jactaba de su ateísmo y que ahora, aterrado, dejaba en lamentable evidencia su frágil espíritu supersticioso. Entonces el secretario de Byron decidió entrar en escena. Paladeaba por anticipado el sabor de la venganza. Él, el pobre lunático, según las consideraciones de Shelley, era ahora el médico, aquel que tenía que socorrer a ese lamentable despojo sufriente con pretensiones de poeta.

—¿Qué son esos gritos? —prorrumpió John Polidori desde lo alto de la escalera, con la actitud de un sabio importunado.

Byron le suplicó que hiciera algo por su amigo. Polidori corrió escaleras abajo y con aparatosa preocupación —que, desde luego, revelaba su grandeza espiritual capaz de olvidar las ofensas— se inclinó ante el pobre desgraciado. La intervención del Dr. Polidori tuvo un efecto inmediato. En el momento mismo en que estaba por sujetarle la muñeca al enfermo con el propósito de tomar su pulso, la mirada extraviada de Shelley se posó accidentalmente sobre el secretario de Byron. De inmediato volvió en sí.

—¡No permitan que ese miserable gusano me toque con sus asquerosas manos!
—profirió el «enfermo», al tiempo que se ponía de pie y se alejaba con repugnancia.

Evidentemente el orgullo de Shelley era más fuerte que los poderosos efectos del ajeno.

—No sabe lo que dice... —murmuró Polidori al oído de su Lord.

—¡Sé perfectamente lo que digo! —vociferó Shelley mientras se acomodaba las ropas y con paso decidido volvía a ocupar su lugar en la mesa—. Continuemos con lo nuestro —concluyó, como si nada hubiese sucedido.

Mary se acercó, lo abrazó por detrás de la espalda y le susurró:

—Sería mejor que descansáramos...

—Dije que estoy perfectamente bien. Continuemos con la lectura.

Mary obedeció y se sentó a la mesa. Byron, temiendo una nueva crisis de su amigo o, lo que sería aún peor, de su secretario, creyó conveniente dar por concluida la reunión. Era la suya una posición difícil. Tenía que ser salomónico. Si daba por terminada la lectura, sería un desaire para Shelley y, si continuaba como si nada hubiese sucedido, ya podía ver a su secretario volando nuevamente por los aires. De pronto el rostro de Byron se iluminó. Propuso dar por finalizada la reunión bajo la condición de que cada uno de los presentes, inspirado en la reciente lectura de Coleridge, se comprometiera a componer un relato fantástico. Dentro de cuatro días, a las doce en punto de la noche, habrían de reunirse nuevamente a leer cada uno de los relatos.

Sin proponérselo, Byron acababa de empujar a su secretario al más despiadado de los duelos: inerme e inexperto, Polidori no tenía la menor posibilidad de batirse victorioso frente a su hábil oponente.

2

Cuatro horas permaneció John Polidori frente a un papel que se obstinaba en permanecer en blanco. Hundía la pluma en el tintero, se revolvía en la silla, se incorporaba, caminaba de un extremo a otro de la habitación, volvía presuroso a la silla como si acabara de atrapar la frase justa, exacta, que abriría el relato y cuando, por fin, se disponía a volcarla sobre el papel, descubría que la tinta ya se había secado en la punta de la pluma. Para cuando había terminado de remover la membrana que se formaba en la superficie del tintero, la frase ya se había evaporado con la misma volatilidad de los alcoholes de los pigmentos. Esta escena se repetía como en una

pesadilla. John Polidori sabía que tenía la historia; estaba allí, al alcance de su mano. Sin embargo, por razones que se dirían de orden puramente burocrático y completamente ajenas a su talento, nunca acababa de traspasar el umbral de la *res cogitans* de su prodigiosa imaginación hacia la miserable *res extensa* del papel. Llegó a odiar la ordinaria sustancia de aquella hoja. Esa y no otra era la dificultad: ¿por qué un espíritu como el suyo, habitante de las alturas del mundo de las ideas, tenía que rebajarse a la llanura del papel? El verdadero poeta no tenía motivos para dejar huella y testimonio de aquella experiencia intransferible que era la Poesía. En esa convicción e intuyendo que muy pronto alguien habría de solucionar aquel problema por así decirlo «técnico», John William Polidori, pluma en mano, se durmió profundamente sobre el escritorio.

3

La mañana empezaba a desplegar sus pálidos resplandores a través de las hendiduras de la persiana. John William Polidori despertó a causa del entumecimiento de su brazo derecho y un dolor agudo que le surcaba el espinazo de extremo a extremo. Se acomodó en la silla, extendió las piernas apoyándolas sobre el escritorio y se hubiese vuelto a dormir inmediatamente de no haber sido por un detalle en el que acababa de reparar: no recordaba haber cerrado la persiana. Se dijo que quizá las hojas hubieran girado sobre sus bisagras a causa de la tormenta. Pero cuando miró mejor, concluyó que por muy fuerte que hubiese soplado el viento, no era razón para que el pasador se hallara prolijamente cerrado. Automáticamente dirigió la mirada hacia el pie del candil. Tal como sospechaba, pudo ver, nuevamente, un sobre negro lacrado con el sello púrpura en cuyo centro se distinguía la letra L. Por primera vez sintió el ominoso aliento, material y próximo, de la acechanza.

Mi querido doctor:

Buenos días. Espero que os encontréis repuesto. No he querido importaros, de modo que he sido sigilosa. Os he visto dormir. Parecía un ángel. Me enterneció veros así, con la expresión de un niño. Me he tomado la libertad de desajustaros el moño y quitaros los zapatos. Y a juzgar por la sonrisa que en sueños me habéis dedicado, se diría que me estabais agradecido.

Polidori descubrió, efectivamente, que se hallaba descalzo y recordaba ahora que la noche anterior no se había quitado los zapatos. Frente al espejo comprobó que el moño le colgaba alrededor del cuello de la camisa. Una náusea lo obligó a arquearse sobre sí mismo. Con un movimiento que se diría reflejo se lo quitó y tomándolo entre el índice y el pulgar lo arrojó al cesto de papeles que estaba bajo el escritorio. Solo entonces, cuando se hincó, vio que delante de sus narices, en el centro del escritorio, junto al tintero y debajo de la pluma, había unas cuartillas copiosamente escritas en el mismo lugar donde, la noche anterior, estaba aquella miserable hoja en blanco. Por un momento dudó si él mismo no había escrito aquellas cuartillas antes de dormirse. Quizá por el mismo volumen y vistosidad de la evidencia, John Polidori tardó en advertir que sobre las cuartillas había un cofrecillo de plata de factura rococó, cuyas variadas filigranas convergían en el centro enmarcando una letra L, idéntica a la del lacrado del sobre.

Temiendo tocar alguno de todos aquellos inopinados presentes, como si se precaviera de contagiarse alguna letal enfermedad, Polidori decidió resolver el enigma en la lectura de la carta.

Bien, ya sabéis qué es aquello de lo que sois dueño. Pero aún no os he dicho qué es lo que os ofrezco a cambio de lo que pido. Yo sé qué es lo que más anheláis. Podría jurar que conozco aquello con lo que siempre soñasteis, cuál es la razón de vuestros desvelos y lo que obnubila vuestros ojos en los ensueños diurnos. Puedo adivinar que el amargo alimento con que se nutre vuestra alma es el veneno de la envidia. Sé que estaríais dispuesto a entregar un dedo de vuestra mano derecha por un par de sonetos rimados y hasta la mano íntegra por un relato completo. Y no dudo de que entregaríais el alma al diablo por trescientos folios discretamente redactados. Pues bien, lo que os pido a cambio no es nada que no tenga remedio. Nada, absolutamente nada perderíais si accedierais a entregarme lo que necesito para seguir con vida. No estoy pidiendo caridad. Tampoco os ofrezco la inmortalidad. Aunque sí, quizá, lo más semejante a ella: la posteridad. Tal vez lo único que he aprendido en mi larga existencia no sea otra cosa que escribir. A cambio de aquello que necesito para seguir viviendo, os daré la autoría de un libro que, no lo dudéis, os hará entrar al Olimpo de la gloria. Escalaréis hasta el más alto pedestal —más alto incluso que el del Lord al cual servís— de la celebridad. Las cuartillas que veis sobre el escritorio constituyen la primera cuarta parte de un relato. Tomadlo como un obsequio. Leedlas: si consideráis que nada valen, arrojadlas al fuego y no volveré a importunaros (puedo hablar solamente por mí, no por mis hermanas). Si, en cambio, decidís que quisierais dignar con vuestra rúbrica la autoría, entonces me daréis a cambio lo que necesito. En caso de que accedierais, esta misma noche os daré la segunda parte. Será la primera de las tres entregas siguientes. Y por cada entrega me serviré de vos igual cantidad de veces. El contenido del cofrecillo simplificará las cosas, veréis.

Polidori leyó con avidez. El primer párrafo lo había dejado, sencillamente, estupefacto. Aquellas líneas eran, exactamente, las que había querido escribir, no ya la noche anterior, sino toda su vida. Así, letra por letra, punto por punto, frase por frase, aquel era el texto que su puño se negaba obstinadamente a redactar. No podía evitar la certeza de que era, literalmente, el relato con el que había soñado. Y allí estaba, para él, para su gloria y prestigio, para su posteridad, el libro que habría de elevarlo por sobre la estatura de su Lord. Por fin dejaría de ser la humillada y anónima sombra de Byron. Por fin reivindicaría el apellido que su padre, el pobre secretario, no había sabido honrar.

No era plagio, se dijo, ni usurpación. ¿No iba a ser aquel texto hijo de su propia sustancia? ¿No habría de aportar, acaso, la simiente que daría la vida a aquel relato aún por concebir? Sería, se dijo, literalmente y sin metáfora, el padre de la criatura.

Además, ¿con qué otro término más que «literario» podía calificarse todo aquel desquicio? ¿Quién habría de creerle si se dispusiera a revelar la verdad?

John Polidori abrió el pequeño cofre. Aspiró largamente el grato perfume que anticipaba las más dulces ensoñaciones. Temía a las alucinaciones del ajeno. Lo aterraba el exceso sensual de la cannabis. En cambio, el opio lo sumía en un ensueño angelical. Sabía que aquello que lo espantaba de la cannabis no era la pérdida del eje que gobernaba su razón sino, al contrario, la agudización de su juicio crítico, aquella alteridad cíclica que él mismo describía como «pensamiento ondulante», según el cual a una idea placentera —de cualquier índole— venía a oponerse de inmediato otra de carácter punitivo contra la anterior. De modo que, según lo había deducido Polidori, la única forma de desembarazarse de aquella amenaza sobre la conciencia era el padecimiento físico que lo sustraía de cualquier consideración crítica. Entonces creía morir de asfixia o de un repentino ataque cardíaco. Y por mucho que intentaba convencerse de que el origen de sus dolencias no era otro que el derivado de tal proceso de pensamiento, los dolores en el pecho o la incontrolable frecuencia de los latidos del corazón que galopaba con la fuerza de un caballo desbocado terminaban por imponerse con la fuerza de la materialidad.

En cambio, el opio lo liberaba por completo de cualquier juicio crítico sobre su persona, incluso más que el parsimonioso estado del sueño que muchas veces se interrumpía por obra de una súbita e inexplicable angustia. Entonces despertaba sobresaltado y ya no podía volver a dormirse ni liberarse del desasosiego. Pero el opio lo sumía en un sueño lúcido aunque, paradójicamente, despojado de pensamiento, en una claridad espiritual que lo liberaba de la mediación del cuerpo. Era pura alma. Una idea. Un sueño soñado por una entidad perfecta.

PRIMER ENCUENTRO

Había entrado la noche cuando John Polidori se sentó al *secrétaire*, resuelto a iniciar la ceremonia. Cargó su pipa con aquel dedal de opio. Se tendió, vestido como estaba, sobre la cama y solo entonces acercó el fuego al crisol. Retuvo la bocanada inicial durante varios segundos, primero en la boca, paladeando el sabor del humo. Contempló las montañas que amenazaban, negras y pétreas, recortadas contra un cielo hecho de espanto. Las nubes eran ciudades flotantes que pronto habrían de derribarse sobre el mundo. Un viento feroz revolvía las copas de los pinos y levantaba en veloces remolinos las hojas muertas del jardín.

En el mismo momento en que Polidori encendió el fósforo, un relámpago iluminó el lago y de inmediato la casa cimbró a causa del trueno.

Llovía.

John Polidori acarició los folios que contenían el principio del cuento, se reclinó en la silla y estiró las piernas sobre el *secrétaire*. Se abandonó a un sosegado reposo y entonces dejó que el humo se deslizara por su garganta con la misma morosidad que gobernaba su aliento. Inspiraba los mágicos espíritus que, a su paso, iban adormeciendo la materia sufriente y vil. Exhalaba y entonces, junto con el humo azulado, se despojaba, como en un íntimo exorcismo, de los horribles demonios de la cotidianidad. Se abrazó a los folios.

John Polidori entraba en un extraño umbral, una lúcida duermevela que lo transportaba a alturas nunca transitadas. Ascendía por una espiral de piedra. Inmediatamente reconoció en aquella construcción la mágica Rundetaam. Tenía la inequívoca certeza de que esa torre redonda, desprovista de escaleras, no podía ser sino aquella cuya cima alcanzaba el Rey Christian IV montado en su caballo. Entonces John Polidori cabalgaba un alazán de crines de bronce hasta llegar a la cúspide, desde donde dominaba todos los reinos a uno y otro lado del Báltico. Con rictus magnánimo, parsimonioso, aspiraba la segunda bocanada. Ahora cruzaba un monte de árboles negros; sobre las ramas acechaban calaveras desde cuyas cuencas asomaban ojos de búho. No sentía el menor temor. Al galope, entraba en un sendero precedido por un cartel en el cual se leía: «Villa Diodati». Trepaba las escaleras del atrio montado en el caballo y entraba en un gran salón: desde sus alturas ecuestres contemplaba, con una mezcla de compasión y repugnancia, cómo aquellos seres minúsculos fornicaban en confuso montón cual miserable jauría de hienas. Lord Byron, de rodillas, bañado en un sudor hediondo, lamía la lengua de Percy Shelley al tiempo que penetraba a Mary, quien, a su vez, mordisqueaba los pezones de su hermana Claire hasta hacerlos sangrar. Entonces él, el humillado secretario, el hijo del escribiente, el medicastro hipocondríaco, el ridículo *Polly Dolly*, era ahora la mano de Dios. Ungido de esa misma piadosa ira, elevaba la diestra hacia el cielo y de

la nada hacía hierro y del hierro una espada. El caballo, rampante, se erguía sobre las patas traseras y de inmediato iniciaba una veloz carrera sobre la alfombra roja. Polidori cabalgaba alrededor de aquel grupo de animales que, aterrados, imploraban clemencia. Al galope, con la destreza de un cosaco, con una mano tomaba a Lord Byron por los cabellos y, con la otra, empuñaba la espada. Un único y exacto golpe de sable y la cabeza de Byron pendía ahora, gesticulante y locuaz, de la diestra de John William Polidori. Los ojos miraban alternativamente hacia arriba y hacia abajo, a izquierda y derecha, hasta que se topaban con la imagen de su cuerpo que, ajeno a su nueva condición, no dejaba de fornicar con Mary. La cabeza de Byron, suspendida por los cabellos, iniciaba un enloquecido soliloquio: suplicaba, maldecía, lloraba, daba unos desgarradores alaridos o bien se reía con unas demenciales carcajadas. Polidori, harto de escucharlo, tomaba un pañuelo, lo metía dentro de la boca de su Lord e inmediatamente guardaba la cabeza en la alforja de la montura.

Desde la planta superior llegaban unas voces que le resultaban extrañamente familiares. Polidori se apeaba, se cruzaba la talega al hombro y subía las escaleras.

Los gemidos provenían —ahora lo podía discernir— de su propio cuarto. Entraba pero no veía a nadie.

—Os estaba esperando —decía una ardiente voz femenina. De pronto, la silla de su escritorio giraba sobre su eje y entonces, frente a los ojos ensoñados de John Polidori, se presentaba una mujer de una hermosura como jamás había visto. Estaba completamente desnuda, una pierna descansaba sobre el brazo de la silla y la otra sobre el pie giratorio. John Polidori no tenía una especial predilección por las mujeres; sin embargo, se dijo, era un ser más bello que el propio Percy Shelley, cuya hermosura, según se lo había confesado a sí mismo con derrotada resignación hecha de objetividad, envidia y lujuriosa apetencia, no tenía igual. Era, exactamente, la perfecta versión femenina de Shelley.

—Soy Annette Legrand —decía y le extendía la mano cuyo índice descansaba hasta recién sobre sus labios.

John Polidori se arrodillaba a sus pies y besaba su mano con devoción. Desde el interior de la alforja que colgaba de su hombro llegaba el lamento en sordina de la cabeza de Byron que se agitaba como un pescado agonizante.

Annette Legrand se humedecía el índice entre sus labios y así, con la yema del dedo anegada en una saliva dulce y transparente, trazaba un sendero que se iniciaba en su pezón —rosado y turgente— y finalizaba en el rubio vellón del pubis.

Sin decir palabra, Annette Legrand se incorporaba, besaba largamente los labios de John Polidori y tomándolo suavemente por debajo de las axilas le cedía la silla. La talega se agitaba en el suelo y ahora la voz suplicante de Byron empezaba a hacerse inteligible, como si de a poco se fuera liberando de la mordaza del pañuelo. Sin dejar de mirar a su amante, Polidori tomaba el candelabro que descansaba sobre el escritorio y lo arrojaba, con vigorosa puntería, hacia la alforja. El golpe sonaba a hueso partiéndose. Annette Legrand desabrochaba, uno a uno, los botones de la

bragueta de Polidori y extraía de su interior el magro, aunque gracioso, trofeo que presentaba la apariencia de un tímido champiñón. Annette Legrand se incorporaba, se alejaba unos pasos sin darse vuelta y le extendía a John William Polidori unas cuartillas manuscritas en cuya portada se leía: *EL VAMPIRO*, y más abajo, *Segunda parte*.

—Esta es mi parte del pacto —decía con una voz que a Polidori se le antojaba la cuerda de un *cello*.

El secretario de Byron abrazaba las cuartillas, cerraba los ojos y posaba su mejilla sobre el lomo.

—¿No vais a leerlo?

—No es necesario, me bastó con leer la primera parte.

Annette Legrand se arrodillaba a los pies de Polidori y se disponía a cobrar su parte del contrato.

5

John Polidori, sin dejar de abrazar las cuartillas, las piernas abiertas, tembloroso y jadeante, contempló su pequeño miembro mientras Annette Legrand lo recorría con la punta de la lengua. La alforja que contenía la cabeza de Lord Byron —en apariencia definitivamente exánime junto a la puerta de la habitación— comenzó nuevamente a dar unas sacudidas convulsivas acompañadas de un sordo farfullido. John Polidori disfrutaba postergando el pago, cosa que se manifestaba en unas breves convulsiones que inflamaban el glande violáceo. Annette Legrand sintió entre sus dedos los fluidos que iban y venían, lo cual, se diría, no parecía provocarle más que una desesperante ansiedad que pronto habría de convertirse en fastidio. Y cuanto más conminaba a su amante a que de una vez por todas le entregara su parte del pacto, John Polidori, en la misma proporción, tanto más demoraba su cumplimiento.

Como contra su voluntad, el secretario finalmente pagó. Fue una retribución voluptuosa, volcánica, copiosa. Una remuneración que a Polidori le pareció excesiva. Annette Legrand bebía de aquella fuente con una sed que se diría desértica. Trasegaba con la misma voracidad que un animal, los ojos en blanco, extasiada.

John Polidori permanecía abrazado a las cuartillas, los párpados fuertemente apretados, temblando como una hoja.

No habían cesado aún los estertores paroxísticos, cuando escuchó una voz áspera, aguardentosa, que parecía provenir del fondo de una caverna. Abrió los ojos y

entonces John Polidori presenció el espectáculo más horrendo que jamás viera: aquella mujer que hacía unos instantes había rendido toda su hermosura a sus pies, se incorporó súbitamente. Con espanto, John Polidori vio erguirse frente a sí una suerte de reptil aproximadamente antropomorfo, una pequeña figura cubierta de una pelambre arratonada. Annette Legrand se alejó con movimientos de roedor hacia una rejilla que se abría en la pared por encima del zócalo. Levantó la tapa y, con la misma presteza de una rata, se perdió hacia las oscuras oquedades del ignoto desagüe. Polidori se miró a sí mismo con repugnancia. Vomitó sobre sus pies todo cuanto albergaban sus tripas.

El farfulto de la cabeza de Byron de súbito se hizo completamente inteligible, como si se hubiese liberado por completo de la mordaza. El secretario pudo escuchar una carcajada hecha de malicia. Abrió los ojos y entonces, de pie junto al vano de la puerta, vio a su Lord, de cuerpo entero, con la cabeza puesta donde habitualmente solía llevarla.

—Mi pobre *Polly Dolly*... —repetía Byron sin poder concluir la frase a causa de los incontenibles accesos de risa.

Lord Byron abrió la puerta y, por encima de sus hombros, Polidori pudo ver a Mary, Claire y Percy Shelley que, riéndose al borde de la asfixia, contemplaban su patética humanidad: doblado sobre sí mismo abrazado a una carpeta, desnudo y emporcado con el contenido de sus propias tripas.

6

Tres días permaneció John Polidori encerrado en su habitación. Annette Legrand había tenido la infinita benevolencia de procurarle tres botellines que, con puntual cumplimiento, pasaba a recoger durante la noche mientras Polidori dormía luego del fatigoso y vergonzante trámite que le demandaba llenarlos. A cambio, y con simétrica honradez, la trilliza le dejaba las cuartillas correspondientes sobre el escritorio, junto al candil. Cuando finalizó el contrato, John Polidori presentaba un aspecto lamentable.

Por cierto el volumen de los botellines —que, según habían estipulado, debían estar llenos hasta el tope— era lo suficientemente generoso como para que el secretario quedara por completo asténico. Pálido, con unas profundas ojeras violáceas y un temblor incontrolable en la diestra, John Polidori tenía, por fin, su relato concluido.

Leyó y releyó «su» obra. Con letra redonda y femenina transcribió, palabra por palabra, el manuscrito y, para que no quedara una sola duda sobre su autoría, se aseguró de hacer un cuaderno en cuya tapa escribió: «El vampiro, apuntes preliminares para un relato». Eran cincuenta folios de anotaciones escritas con escrupulosa desprolijidad, con una letra perfectamente ininteligible —a lo cual, desde luego, contribuyó el involuntario temblor—. Y tanta era la convicción que había puesto, que hasta llegó a persuadirse de la paternidad del manuscrito. Hacía correcciones que luego, con idéntico empeño, deshacía hasta volver al texto original.

Luego de tres días y tres noches de trabajo de corrección sobre corrección, de idas y vueltas, el texto final de *El vampiro* no difería en un punto ni una coma de los manuscritos primigenios. Cuando estuvo completamente terminado, se aseguró de destruir, sin ningún remordimiento, las pruebas de la ignominia: fiel a las enseñanzas de la autora, se devoró las cuartillas, página por página, de modo que el texto se hiciera carne.

7

Al cuarto día, John William Polidori salió de su habitación. Estaba impecable. Aquella era la noche en la que, según lo estipulado, cada uno debía leer, a las doce en punto, la historia prometida. Desde lo alto de la escalera, John Polidori pudo ver el salón especialmente preparado para el acontecimiento: cuatro candelabros ubicados en los ángulos del salón proyectaban una luz mortecina que apenas iluminaba la mesa. A través de los ventanales entraba el resplandor de un cielo gris hecho de nubes que, filtrado por las cortinas purpúreas, le confería a la sala un sino de recinto mortuario. Lord Byron y Percy Shelley ocupaban sendas cabeceras. Mary y Claire, los laterales. Todos con sus respectivos manuscritos delante de sí. Nadie había percibido la omnisciente mirada de Polidori, quien, en lo alto de la escalera, quedaba envuelto en la más absoluta penumbra. En rigor, nadie esperaba que el secretario acudiera a la cita. Polidori tardó en percatarse de que ni siquiera le habían reservado un lugar en la mesa. Una indignación corrosiva le atravesó la garganta. Sin embargo, aquel original que traía bajo el brazo era suficientemente disuasivo: no valía la pena descargar su ira en esos pobres engreídos.

—Veo que no me esperaban —se limitó a decir amablemente mientras bajaba las escaleras con paso afectado.

Lord Byron no atinó a articular palabra y le cedió su propia silla. Polidori le rogó

que volviera a tomar asiento. Prefería permanecer de pie. Se dijo que así resultaría mucho más elocuente. Las normas indicaban que alguna de las dos mujeres debía iniciar la lectura. Pero era tal la excitación de Polidori que, sin que nadie le cediera la palabra, abrió el cuaderno y empezó a leer:

En aquel tiempo apareció, en medio de las frivolidades invernales de Londres, en las numerosas reuniones a que la moda obliga en esta época, un lord más notable aun por su singularidad que por su alcurnia...

John Polidori leía con pausa y, alternativamente, posaba su mirada maliciosa sobre los azorados rostros del reducido auditorio. Sin levantar la vista de su Lord, continuaba:

Su originalidad hacía que fuera invitado a todas partes. Todos querían conocerlo y aquellos a quienes, habituados desde siempre a las emociones violentas, la saciedad les hacía por fin sentir el peso del tedio, se felicitaban de encontrar algo que de nuevo despertase su interés adormecido.

El oscuro secretario caminaba alrededor de la mesa mientras leía. Y a la vez que con sus arteras miradas buscaba multiplicar el impacto de las palabras, comprobaba que estaba suscitando el exacto efecto buscado: su auditorio estaba cautivado. Las alusiones a los presentes eran de una sutileza tal que, si alguien se hubiese ofendido, habría pasado por un verdadero idiota.

Aubrey —leyó mirando fijo a los ojos de Shelley—, tendido en su lecho de dolor y poseído de una fiebre devoradora, llamaba, en los accesos de delirio, a Lord Ruthwen —y entonces clavaba sus ojos en Byron— y a Ianthe —leía y desplazaba la mirada hacia Claire—. A veces suplicaba a su antiguo compañero de viajes que perdonase a su amada...

Polidori leyó ininterrumpidamente, frente a las atónitas miradas del auditorio, hasta el final del relato:

... Lord Ruthwen había desaparecido y la sangre de su infortunada compañera había aplacado la sed de un vampiro —concluyó.

Polidori cerró el cuaderno. Se produjo un silencio sepulcral hecho de miedo, asombro y respeto.

—Bien, estoy ansioso por escuchar vuestros relatos —dijo el secretario.

Byron se puso de pie, tomó sus cuartillas y las arrojó al fuego. Claire y Shelley lo imitaron. Polidori intentó un estudiado gesto de contrariedad. Entonces Mary abrió su cuaderno y se dispuso a leer. En el preciso momento en que estaba por pronunciar el título, John Polidori, con deliberado desinterés y el propósito avieso de resultar ofensivo, interrumpió:

—Debo disculparme, me retiro a mi habitación. Tengo cosas importantes que hacer.

En el momento en que cerraba la puerta de su cuarto, creyó escuchar que Mary pronunciaba «Frankenstein». Se rio con ganas del error de percepción.

8

John William Polidori era el hombre más feliz del mundo. No bien llegara a Londres, entregaría al editor de Byron —nada más humillante para su Lord— los manuscritos de *El vampiro*. Sin embargo, de pronto se dio cuenta de que el texto —que estaba llamado a abrir caminos— resultaba, pese a su genialidad y oscura luminosidad, escaso para que su nombre ascendiera a la gloria de la posteridad. Y mientras contemplaba el raquítico cuaderno —que no excedía los cincuenta folios— se dijo que un solo cuento, por más sublime, original y novedoso que fuera, era nada comparado, por ejemplo, con la obra de su Lord. Ya podía imaginar las ironías de Byron acerca de las *Obras completas* de su secretario. De pronto lo invadió una desazón más profunda que el lago que ahora contemplaba a través de la ventana. Miraba más allá de la cortina de agua que caía, oblicua e incesante, y trataba de distinguir la pequeña luz sobre la montaña. Pero no pudo percibir ningún indicio. Pese a la repugnancia, se dijo que estaría dispuesto a dar cualquier cosa a cambio de un nuevo libro.

John Polidori esperaba con ansiedad alguna señal de su «socia». Sin embargo, durante los tres días siguientes, Annette Legrand no dio ningún signo de vida; desapareció con la misma misteriosa volubilidad con la que había aparecido. John Polidori, ávido de gloria, estaba dispuesto a dar hasta la última gota de su esencial sustancia a cambio de nuevas historias. ¿Acaso no se decía, con soberbia cursilería, que los textos son hijos de sus autores? Pues, ¿por qué, entonces, no habría de reconocer la paternidad sobre aquellas obras si, con literal propiedad, era él quien aportaba la vital simiente para dar vida a cada uno de aquellos personajes? Era, sin metáfora, el padre de *El vampiro* y ahora, con generosa vocación multiplicadora y

noble espíritu paternal, se ofrecía a ser el progenitor de las nuevas, tenebrosas y magistrales criaturas de la palabra. Aquella convicción lo liberaba de cualquier remordimiento. Resuelto a escalar la cima de la celebridad, John Polidori arribó a la conclusión de que, si para alcanzar ese propósito era necesario descender antes a los miserables infiernos de la humillación, estaba absolutamente decidido a hacerlo. Con la afiebrada determinación de un Fausto, hundió la pluma en el tintero y se dispuso a redactar un nuevo contrato.

9

Mi muy querida Annette:

Sois, en efecto, el ser más horroroso, despreciable y vil que me haya tocado en desgracia conocer. La descripción que hicierais sobre vuestra espantosa persona resultó benévola en comparación con la real anatomía que «cometéis». Y vuestro espíritu no va a la zaga. Sin embargo, debo admitir que el relato que me legasteis en paternidad es, sencillamente, sublime. Ignoro cómo habéis hecho para indagar en mi espíritu y develar lo más recóndito, oscuro y atroz de mi ser. Nadie podría dudar de la autoría de El vampiro, pues no es en absoluto ajeno a mi propia biografía. Sois el mismo diablo, un demonio maloliente y espantoso. Pero necesito ahora de vuestro maldito talento en la misma proporción que vos necesitáis de mi simiente para no perecer. Me entrego pues a este secreto matrimonio. Al igual que un noble señor necesita de la femenina carne para procrear y prolongar, de ese modo, su noble genealogía en los vástagos de su sangre, así preciso yo de vuestra eterna compañía. Os espero esta misma noche.

John Polidori dejó la carta junto al candelero. Tuvo el decoro, además, de dejar sobre la carta una orquídea blanca.

John Polidori se despertó excitado como un niño. Se incorporó y de inmediato miró hacia el escritorio. En efecto, allí donde siempre, al pie del candil, estaba la nueva carta. Abrió el sobre y con una sonrisa infantil se dispuso a leer.

Querido Dr. Polidori:

Para cuando estéis leyendo esta carta, yo ya no estaré aquí. Hemos decidido abandonar Ginebra por razones sobre las cuales no me explayaré, aunque de seguro habréis de sospechar. No sabéis cuánto me halaga vuestra propuesta de «matrimonio»; confieso que jamás he soñado con que alguien me hiciera semejante proposición y menos aún que vos, un joven hermoso, os convirtierais en mi pretendiente. Lamento no poder complaceros. Pero odio los compromisos formales. Sucede que vosotros, hombres, nunca estáis satisfechos con lo que tenéis. Daos por conforme con El vampiro que, modestamente, es demasiada obra para un pobre medicaastro condenado a ser la sombra de su Lord. Convenceos: no servís para otra cosa. Así escribierais una obra comparable a la del hermoso Percy Shelley, no podríais dejar de ser el paupérrimo sirviente hijo del secretario y, si pudierais ser padre, no podríais dar al mundo sino otros miserables secretarios como vos. No os engañéis, no tenéis más abolengo ni genealogía que los que os otorga la sombra de vuestro Lord. Por lo demás, ¿qué os hace suponer que vuestro fluido vital — delicioso, por cierto— es el único del que podría yo disponer? Por fortuna, existen millones de hombres en este mundo. Además, la paternidad es siempre lo más dudoso.

Me halagan los adjetivos con los que me calificáis aunque os recomendaría que, en honor a la prosa, evitéis el abuso de ellos. Me habéis llamado «diabólica» y os agradezco el cumplido. Pero, precisamente, debo recordaros que es el diablo quien elige las almas que ha de comprar y nunca se interesaría en el alma de quien, miserablemente, se la ofreciera en venta.

Conformaos con lo que os di. Adiós, mi querido Polly Dolly.

John Polidori tuvo que sentarse para no caer de espaldas. Siempre había sido víctima de las más vergonzantes humillaciones. Se diría que su naturaleza no era otra que la degradación; sin embargo, jamás se había sentido tan menoscabado. Lloraba con un desconsuelo infinito. Contempló frente al espejo su deplorable figura y creyó reconocer en su semblante la fisonomía de un perro, Boatswain, el terranova de su Lord. Su irremediable destino, se dijo, era igual que el de aquel miserable animal que caminaba detrás de Byron. Sin embargo, si muriera en ese mismo instante, no podría esperar una tumba como la que Byron construyera para su perro en la abadía de Newstead, ni mucho menos el epitafio que le dedicara: «Estas piedras se levantan

para recordar a un amigo; jamás tuve otro, y aquí yace».

John Polidori lloraba ahora con el llanto de un perro: unos largos y desconsolados lamentos, unos aullidos interminables.

Otra vez volvía a ser el triste secretario, el bufón, el invisible fantasma, el hijo del secretario, el médico fracasado, el ignoto *Polly Dolly*.

John Polidori se asomó a la ventana. Llovía con furia. Contempló el lúgubre lago Lemán e inmediatamente alzó la vista hacia la cima del monte. Creyó ver una tenue luz en la casa que se confundía con los peñascos de la cumbre. Entonces, de pronto, su rostro se iluminó. Corrió escaleras abajo con la expresión de un demente. Atravesó el salón como una exhalación y salió de la casa. En su carrera, casi sin detenerse, había descolgado uno de los fusiles que descansaban horizontales sobre el hogar. Empapado, corría sobre el barro, se caía, se incorporaba, se arrastraba. Sobre su ceja rodaba un hilo de sangre que brotaba con la misma insistencia con la que la lluvia lo lavaba. Tenía la cara rosada de sangre y agua. Corría hacia el lago con la desesperación de un animal acuático. Llegó hasta el pequeño embarcadero. Las maderas crujían a merced de unas olas que iban y venían furiosamente. El bote se balanceaba. Estaba dispuesto a asesinar a aquel horroroso monstruo de tres cabezas. Dirigió el caño del rifle hacia la orilla opuesta y, sin apuntar a ningún sitio en particular, disparó. Inmediatamente se deshizo del rifle arrojándolo al lago antes de saltar, ciego de ira, al interior del bote. Polidori jamás habría de saber que el disparo había apagado la llama de un remoto candil.

El Lemán era un animal furioso. John Polidori remaba contra la corriente. Se diría que no sentía la menor fatiga. Animado con la misma perseverante voluntad de los salmones que nadan contra la cascada, hundía las palas de los remos en las olas. Remaba sin pericia ni método, de pie en el centro del bote, con la mirada clavada en la cima de la colina que parecía alejarse, maliciosa, en la misma proporción en que avanzaba el bote.

Con los ojos anegados de odio y lluvia, Polidori ni siquiera se había percatado de que el agua había alcanzado la altura de sus tobillos. El bote empezaba a hundirse. Convertido en el Caronte de su propio infierno, avanzaba en medio de aquellas aguas negras que hubieran hecho empalidecer al más avezado marinero. Literalmente, el bote volaba de ola en ola de través, golpeaba el endeble casco contra los muros de agua, hundía la proa, se despedía hacia arriba y adelante, clavaba la popa y volvía a volar. Entonces los remos se agitaban locamente en el aire. El bote se elevó, viró sobre estribor, giró sobre su eje longitudinal y cayó de revés. Una lengua de agua lo rodeó y en un instante el lago se lo había devorado. Polidori había sido despedido a una distancia no menor del doble de la eslora de la embarcación. Su Norte, su rosa de los vientos, su brújula, la estrella de los navegantes, era aquella luz que brillaba, ahora con más intensidad, en la cima de la montaña. Nadaba como un animal cuadrúpedo. La cabeza fuera del agua, sin técnica ni criterio, sin arreglo a estilo conocido, Polidori avanzaba, sin embargo, a veces de través, por momentos

describiendo insólitas y vertiginosas parábolas y hasta de revés, abandonado al furioso arbitrio de las aguas. Quizá un nadador experimentado hubiese perecido de inmediato: las técnicas son construcciones artificiales que se imponen contra la naturaleza. Pero cuando esta se rebela a sus propias leyes, sobreviene la indefensión. Lo que impulsaba ahora a Polidori, enceguecida la razón, no era otra cosa que el más puro instinto. Si repentinamente hubiese vuelto a sus cabales, se habría ahogado sin remedio.

Dios sabe cómo John Polidori alcanzó la orilla opuesta del lago. Por completo ajeno a su propia epopeya, reptaba sobre las rocas que, verdes de musgo, eran tan inasibles como su propio juicio. Ni siquiera había reparado en que acababa de rebatir la segunda afirmación de su Lord: ciertamente, cruzar un apacible río a nado era poca cosa en comparación con su reciente proeza. Estaba, por fin, al pie de la montaña. Entre dos rocas y más allá de los restos negruzcos y todavía erguidos de un árbol incinerado por un rayo, se iniciaba un camino tortuoso que trepaba por la falda de la montaña. Ni siquiera se detuvo a respirar. Con paso firme, ascendía por el pequeño sendero de lajas a cuya vera se doblaban, a causa del viento, unos pinos funerarios. Desde su perspectiva, John Polidori no alcanzaba a divisar la cima, sino el oblicuo muro de la ladera entre cuyas rocas caían furiosas columnas de agua que, como rápidos, arrastraban todo cuanto osaba interponerse a su paso. Al otro lado estaba el abismo. John Polidori ni siquiera había reparado en que más allá de los arbustos que se agitaban a su diestra se iniciaba un precipicio cuyo fondo quedaba oculto bajo las nubes que la montaña atravesaba. Las piedras que pisaba rodaban hasta el extremo de la cornisa y se caían al abismo hasta perderse en aquella negrura de profundidades inconmensurables. El lago era ahora una lejana pradera gris y fantasmagórica que, como un enorme cadáver, yacía bajo un sudario de nubes. El secretario había alcanzado la cima de la montaña.

La luz que veía Polidori desde su habitación provenía de un ventanuco que brillaba en lo alto. La casa resultó ser un pequeño y antiguo castillo ganado a la roca, una diminuta acrópolis horadada en la piedra que, como un alcázar, dominaba los cuatro vientos de Ginebra hasta sus confines. Unas enormes puertas cuyos herrajes medievales se afirmaban a la roca precedían a una suerte de nave principal que se unía a la ladera de la montaña. John Polidori no tuvo más que empujar una de las hojas para deslizarse hasta el interior. Cerró la puerta a sus espaldas. Tuvo que acostumbrarse a la oscuridad para ver, apenas, por dónde caminaba. A tientas llegó hasta un recinto a través del cual corría un viento más fuerte aún que el del exterior. Conforme sus retinas se iban adecuando a la penumbra, empezó a configurarse frente a sus ojos un paisaje desolador: como una ciudadela diezmada por la peste, aquel sitio había sido recientemente abandonado. Aquí y allá se esparcían prendas femeninas, restos de comida y papeles que no habían llegado a consumirse por el rescoldo de las brasas de la hoguera. Reinaba un hedor confuso hecho de antagónicos aromas provenientes de distintos sectores de la casa que parecían converger en aquella sala.

John Polidori pudo distinguir un perfume. Caminó tras su huella hasta llegar a una habitación: dos camas idénticas cubiertas de idénticas cobijas, sobre cuyas idénticas cabeceras velaban dos idénticos Cristos. Dos mesas de noche —idénticas también— con idénticos candelabros cuyas velas estaban idénticamente consumidas.

John Polidori salió de la habitación tratando de identificar la procedencia de aquel hedor acre. Era, se dijo, un olor nauseabundo semejante al que se respiraba en los baños públicos de los figones o, más precisamente, en los prostíbulos más sórdidos de Grecia. Y creyó reconocer en esa pestilencia el aroma del fondillo de sus propios pantalones. Caminaba por un estrecho pasillo ascendente que pronto se convirtió en una escalera de dispares peldaños, que a su vez concluía en una puertecita de diminuto dintel. Aquella habitación, la que estaba tras la puerta, era sin duda la fuente de aquel olor irrespirable. Tuvo que agacharse para no darse la frente contra el travesaño. El cuarto era de un tamaño mínimo y, por cierto, inhabitable hasta para un animal. Un pequeñísimo lecho de paja y un mínimo pupitre bajo la ventana: eso era todo. El resto de una vela todavía ardía. Se acercó hasta la ventana y allí, al otro lado del lago, pudo ver la totalidad de la Villa Diodati y, exactamente en el centro, la ventana de su habitación. Bajo el pupitre había un pequeño arcón. Polidori lo tomó por una de las asas y lo abrió con avidez.

Vio centenares de papeles prolijamente acomodados. El primero, comprobó, era su propia carta, la misma que escribiera el día anterior. Más abajo había unas cuartillas: los apuntes para *El vampiro*. Extrajo el cuaderno y entonces, debajo, apareció un grueso atado de cartas. Reconoció inmediatamente la letra de la primera, pero tardó en creerlo. Cuando leyó la rúbrica, creyó morir de espanto. Y aún no había leído el contenido.

11

Conocía la letra de su Lord mejor que la de su propio puño. ¿Pero qué hacía una carta de Byron allí, en los repugnantes antros del monstruo solo conocido por él, el sombrío Polidori? Y cuanto más leía y releía el encabezamiento, tanto menos podía entender, como si aquellas letras claras y redondas fuesen incomprensibles caracteres de un idioma desconocido.

Abominable musa de las tinieblas:

Acabo de leer la segunda parte de vuestro Manfred —o acaso debería decir «mi» Manfred— y debo confesaros que, si los primeros versos eran alentadores, los siguientes son sencillamente cautivantes. Tienen un decidido tono byroniano, lo cual, por cierto, los hace verdaderamente exquisitos. Espero que os hayáis alimentado con provecho (no podríais quejaros de la abundancia de vuestra última cena) y, a juzgar por vuestra producción literaria, mi fluido vital parece haberos llenado de mi primorosa inspiración. El niño Manfred tiene las cualidades de su noble padre. En verdad me gusta. Si continuáis por el mismo camino, acabaré por enamorarme. Ignoro de dónde proviene vuestro maléfico talento, de dónde habéis tomado la voz de Manfred que, entre las heladas paredes de aquella catedral gótica, sin duda, resuena desterrada y dramática, idéntica a la mía. Aquella culpa, infinita e irremisible, es el remordimiento anticipado que, lo sé, habrá de atormentarme hasta el último de mis días. No hace falta que os diga por qué. No he leído el Fausto —ignoro el alemán—, pero casualmente hace muy poco tiempo mi amigo Matthew Lewis me tradujo, viva voce, un largo fragmento y no he podido evitar la misma viva impresión que me produjo la lectura de Manfred. ¡Cuánto desearía ser como vuestro héroe y tener su mismo temple ante las tentaciones! Pero como veis, ni siquiera puedo resistirme a la de aceptar la paternidad de Manfred.

John Polidori no pudo evitar sentirse el más imbécil de los hombres. Tenía la misma amarga e inconsolable desazón del marido engañado.

Este fragmento es casi literal respecto de otro que aparece en las cartas de Lord Byron a Murray. Solamente lo confortaba la idea de que su Lord, aquel magnánimo poeta, era tan miserable como él mismo.

Entre las cuatro hediondas paredes de aquella celda, revolvía los papeles que se apilaban en el arcón. Por completo fuera de sí, introdujo los brazos y, abarcando todo cuanto podían sus pequeñas manos, levantó una parva de papeles que volaron por los aires: eran decenas de cartas. Una había quedado colgando de su bolsillo. La leyó.

Notre (horrible) Dame:

Si de mi humilde persona dependiese, ya os hubiera dado el ministerio que hoy ocupa —o debería decir «usurpa»— el ridículo conde Rasumovskiz, cuya monstruosidad es de una tipología infinitamente más abyecta que la vuestra. Ya quisiera el ministro servirse del talento que os adorna, aunque mucho me temo que no tenga nada bueno para daros a cambio, ya que ni siquiera goza del vigor que ostenta nuestro archimandrita Fotij —Señor líbranos a nosotros, pobres pecadores, de estos pastores— quien al parecer muestra igual pasión por el alma de los hombres que por el cuerpo de las mujeres. Con más fundamentos que el archimandrita, puedo deciros lo mismo que Fotij a la señora Orlov: «¿Qué es lo que has hecho de mí,

convirtiendo en alma mi cuerpo?».

He leído con infinito placer la segunda parte de La dama de pique. En verdad es el relato que quisiera estar escribiendo. Mucho me complacería saber cómo habrá de terminar mi historia. Os espero esta noche.

Alexander Puschkin

Había centenares de nombres ignotos, por completo desconocidos. Se sentía el más imbécil de los hombres. No ya porque había sido vilmente engañado, sino porque eran los suyos competidores de baja calaña, amantes sin fama ni gloria ni futuro. Leía las rúbricas de las cartas con el desconsuelo de un noble que hubiera sido víctima de adulterio a manos de su lacayo. Tres cartas de un tal E. T. A. Hoffmann, media docena de un ignoto Ludwig Tieck. Sacaba cartas esperando, cuanto menos, encontrar nombres célebres; pero no encontró sino ilustres desconocidos: Chateaubriand, Rivas, Fernán Caballero, Vicente López y Planes.

Con desesperación revolvía desordenadamente, enceguecido por el odio, las innumerables cartas que se apilaban en el arcón. Al azar, extrajo otra.

La siguiente carta llevaba la firma de Mary Shelley. La lectura del primer párrafo lo sumió en un terror indecible. Había sido partícipe y testigo de los acontecimientos más horrorosos, pero jamás había leído algo tan descarnado y sombrío. John Polidori no podía seguir leyendo. Las letras se convertían en figuras ondulantes que de pronto dejaron de representar sentido alguno. John Polidori se desmayó.

Nunca más, hasta el día de su temprana muerte, habría de recuperar la razón.

12

Pocos son los datos ciertos que se conocen sobre John William Polidori durante el curso de los cuatro años que sobrevivió a aquel verano que cambió el curso de la literatura universal. De su propio diario se desprende que el joven médico —según Byron, «más apto para producir enfermedades que para curarlas»— marchaba irremediablemente hacia un desequilibrio definitivo. Aprovechando la ausencia de su Lord, el secretario entregó los manuscritos de *The Vampyre* en 1819. La obra se publicó y, contrariando los pronósticos del propio Lord, la edición se agotó el mismo día de su salida. Sin embargo, la obra no había aparecido con la firma de su presunto autor, John Polidori, sino con la de Byron. Desde Venecia, indignado y furioso, Lord

Byron hizo llegar al editor una categórica desmentida. Mary Shelley fue aún más lapidaria: en la advertencia que precede a su novela *Frankenstein*, en la que relata las circunstancias en las que concibió a su criatura durante el curso de aquel lluvioso verano de 1816 en Villa Diodati, hace mención al pacto según el cual «cada uno de nosotros debía escribir un cuento fundado en alguna manifestación sobrenatural». Hacia el final del pequeño prólogo, Mary Shelley afirma falsamente que «el tiempo mejoró de improviso y mis amigos me abandonaron para dedicarse a explorar los Alpes, entre cuyos magníficos parajes olvidaron nuestro compromiso con las evocaciones espectrales. Por ello, el relato que se ofrece a continuación es el único que llegó a concluirse». Por alguna extraña razón, la autora de *Frankenstein* decidió omitir el nacimiento de *The Vampyre* e ignorar con el más cruel de los silencios a John William Polidori.

Fue justamente en su derrotero italiano, durante su estadía en Pisa, en 1821, cuando Byron fue notificado del suicidio de su secretario. Y lo lamentó profunda y sinceramente. Quizás hubiese sido un consuelo saber que el pobre *Polly Dolly* había sido capaz de las tres proezas de las que ni él mismo fue consciente.

La historia ha dejado suficientes evidencias de la existencia de las mellizas Legrand. En los libros del Hôtel d'Angleterre de Ginebra existe aún el registro de su hospedaje. Sin embargo, es absolutamente improbable que haya existido la supuesta trilliza oculta. Al menos, en lo que a mí concierne, no he conseguido hallar ninguna evidencia.

Me resisto a tomar como prueba el sobre negro —lacrado con un sello púrpura en cuyo centro se sospecha una presunta, casi ilegible, letra L— que apareciera, inopinadamente, sobre mi mesa de trabajo y que aún no me he resuelto a abrir.

FIN



FEDERICO ANDAHAZI. Nació en Buenos Aires en 1963. Estudió Psicología en la Universidad de Buenos Aires y trabajó como psicoanalista. En 1997, tras haber sido premiado en numerosos concursos literarios, publicó la novela *El anatomista*, obra con la que ganó el Premio de la Fundación Fortabat. Este libro se convirtió en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de treinta idiomas en más de cuarenta países. Igual suerte tuvo la novela *Las piadosas* en 1998, año en que también publicó el volumen de cuentos *El árbol de las tentaciones*.

En 2000 publicó *El príncipe*, en 2002 *El secreto de los flamencos* y en 2004 *Errante en la sombra*. En 2005 publicó la novela *La ciudad de los herejes* y escribió el folletín *Mapas del fin del mundo* en colaboración con los lectores del diario *Clarín*, siendo ésta la primera experiencia de escritura colectiva publicada en un periódico.

Es uno de los autores argentinos cuyas obras fueron traducidas a mayor número de idiomas en todo el mundo.